

Dios en un Volkswagen amarillo

Efraím Blanco

**Premio Nacional de Cuento
Juan José Arreola | 2012**

Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola

Dios en un Volkswagen amarillo

Efraím Blanco

Dios en un Volkswagen amarillo

Efraím Blanco

Premio Nacional de Cuento
Juan José Arreola | 2012



Marco Antonio Cortés Guardado
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Adolfo Espinoza de los Monteros Cárdenas
Rectoría del Centro Universitario del Sur

Víctor Hugo Prado Vázquez
Secretaría Académica

Mario Alberto Orozco Abundis
**Rectoría del Centro Universitario
de Arte, Arquitectura y Diseño**

Ángel Igor Lozada Rivera Melo
Secretaría de Vinculación y Difusión

Lourdes A. González Pérez
Coordinación de Artes Escénicas y Literatura

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
**Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas**

José Antonio Ibarra Cervantes
**Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias**

Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas
Dirección de la Editorial Universitaria

Primera edición, 2012

© 2012, Luis Efraím Blanco Salazar

D.R. © 2012, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Col. Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

ISBN 978 607 450 599 3

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Blaco, Efraím
Dios en un Volkswagen amarillo / Efraím Blanco. -- 1a ed. -- Guadalajara, Jalisco : Editorial Universitaria : Universidad de Guadalajara, 2012.
120 p. ; 23 cm.
Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola 2012

ISBN 978 607 450 599 3

Cuentos mexicanos-Siglo XXI I. t

M863.5 .B63 CDD
PQ7276 .B63 LC

Presentación

El **Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola** está organizado por el Centro Universitario del Sur de la Universidad de Guadalajara, en colaboración con la Dirección de Artes Escénicas y Literatura de Cultura UDG y la Editorial Universitaria. Este concurso nace como homenaje a la memoria y el trabajo literario de Juan José Arreola, escritor originario de Ciudad Guzmán, y por la necesidad de convocar desde su ciudad natal un premio en uno de los géneros literarios más interesantes: el cuento.

La Universidad de Guadalajara instituyó este concurso, que se ha ido consolidando a lo largo de estos años, con la finalidad de estimular el trabajo creativo de cuentistas mexicanos, el cual está abierto para obras inéditas de escritores residentes en el país.

La obra ganadora de esta *x* edición es *Dios en un Volkswagen amarillo* de Efraím Blanco, originario de Cuernavaca, Morelos. El jurado estuvo integrado por Fernando de León, Cecilia Eudave, y Eduardo Antonio Parra.

Esta obra fue declarada ganadora por ser un libro consistente que desarrolla múltiples historias interesantes en poco espacio; utiliza el sarcasmo, el humor negro y el ingenio [...] bien estructurado en tres partes que conserva unidad, densidad y profundidad, retomando la ficción breve arreolina.

Índice

11	Tierra
13	El perro
16	Día familiar
18	Fiesta
19	Un duelo
20	Miraban a Diana con morbo
22	Duelo a muerte
23	Una tarde de domingo
24	Un día tendremos alas
25	Análisis
27	El libro de cuentos
28	De la tristeza de algunos lavabos
29	Una pequeña infección del oído medio
30	Un hombre honesto
31	Los viejos hablan
32	Un escritor
33	Un lector
34	El payaso debe morir
36	Los primeros minutos del día
39	Que se muerda los labios
41	Once segundos
43	Perdidos
44	En la radio sonaba un rock
45	Alguien
46	Un adiós
47	El espejo
49	Cielo
51	Fantasmas como tazas de café
57	Un pobre hombre
58	Después del temblor

60	La limpieza
61	Un hombre en el espejo
62	Soy un dios
63	Arqueología
65	Sirena
66	Historia de amor
67	La tormenta
68	Voces de las alturas
69	Un oficinista tiene sueño
71	Pobre fantasma
72	Muerte después de la vida
75	La luna que tuvimos
76	Fin
77	Malleusmaleficarum
79	Infierno
81	El viajero del tiempo
85	Elixir
87	Una noche más
90	Larga distancia
92	Cuestión de fe
94	Hasta que la muerte los separe
95	Nota encontrada en un refrigerador
97	Cuento de vampiros
98	Está muy de moda
100	El cazador
103	H. D.
104	La puerta del sótano
105	Sueño de fuga
106	Zombis estrellas de rock
107	Parcas
108	El abuelo
110	Soñar
111	Lo que cuesta el amor
115	Mi mundo era
116	Mi nombre es legión
117	El ángel de la muerte
118	El fin

Tierra

Uno está aquí
y hay aún otros sitios
por algún camino al infierno
donde todo está bien.
O incluso
al cielo
donde todos los santos esperan
y protegen la puerta dorada.

Robert Creeley

El perro

Mi padre mintió acerca de tener que sacrificar al perro. Dijo que lo echarían a dormir y que después de un tiempo lo llevarían a un lugar mejor: una granja donde podría jugar con muchos animales como él y que allí sería feliz. Ahora sé que no era cierto y que en realidad al bueno de Scooby lo mataron. También mintió acerca del lugar al que lo llevarían y en eso de que él era mi padre. Todo aquello lo he descubierto por casualidad y todavía no decido qué hacer con las ideas que dan vueltas en mi cabeza.

Por ejemplo, muchas veces pensé que irme de casa sería lo mejor. Imaginé a Scooby diciendo: "eh, muchacho, larguémonos a recorrer el mundo, tú y yo". Dudo que mis hermanos se dieran cuenta si me voy; si acaso se acordaban de mí cuando venían a arrojarme calcetines sucios para hacerme despertar. Pedro y Vladimir son un par de cabrones. Papá los deja hacer lo que quieran desde que mamá se murió en aquel accidente. A veces lo sorprendo borracho en el cuarto del sótano. Escucha canciones de Tom Waits y se queda dormido en su viejo sillón. *I'm lost, i'm lost at the bottom of the world*. Supongo que extraña a mi madre tanto como yo. Ella nunca habría permitido que se llevaran a Scooby y que lo mataran de un balazo en la cabeza. Ese perro era de las mejores mascotas que he tenido. Le gustaba perseguir gatos, atrapar alguno de vez en cuando y jugar con él como si fuera su mejor amigo. Nunca los maltrataba. Era el can más amable del mundo. Pero papá creyó que

tenía rabia cuando lo encontró con toda esa espuma en el hocico. Yo quise explicarle que se trataba de un juego y que Scooby jugaba a ser *Cujo* para espantar a un amigo felino que había atrapado el día anterior. Pero nadie creyó que el perro fuera capaz de tales astucias. Lo subieron a un taxi y lo pude ver sacando la cabeza por la ventanilla para jugar un rato con el viento. Ya sabes que eso les encanta. Lo miré asomar el hocico y guiñarme un ojo como diciendo: "eh, amigo, regreso pronto, todo va a estar bien". Pero Scooby ya no regresó. En la tarde Vladimir me dijo que era un perro viejo y apestoso, y que echarlo a dormir era lo mejor. Pedro reía. Esa vez tuve la sensación de que mis hermanos eran dos extraños que no sabían nada de la vida y pensé, con toda honestidad, que ni siquiera se merecían vivir. Scooby me dijo alguna vez que quizá eran extraterrestres. Que eran demasiado raros para ser mis hermanos y que alguien debería hacer algo para remediar esa situación. Por eso anoche esperé a que se quedaran dormidos y luego les partí la cabeza con un martillo. Mientras lo hacía, pensé en mi perro y lo pude ver diciendo: "eh, muchacho, más fuerte, no dejes que se vayan a levantar".

Después de eso empezó el minuto más largo del mundo. La casa giraba lentamente y pude sentarme en la entrada del cuarto para ver a mis hermanos con esa cara seria, los ojos cerrados y un hilo rojo resbalándoles por la cara hasta caer. Supe que todo debía terminar de una sola vez cuando la música de mi padre subió desde el sótano a mis oídos y me hizo sospechar lo peor: esa cosa no era humana. Sólo se parecía a papá. Y es que los *Doors* confirmaban mis sospechas con el bajo y las guitarras lúgubres, la voz de Morrison sonando como una especie de mensaje del espacio exterior. *People are strange when you're a stranger, faces look ugly when you're alone*. Fuera lo que fuera tenía que irse.

Despacharlo fue muy sencillo. El arma de metal atravesó la masa que tenía por cabeza y el rock terminó. Eso les enseñará a no mentir. A no meterse conmigo y mi perro. Ahora el mundo estaba en silencio y Scooby podía descansar. Los invasores habían pagado y pude imaginarlo diciendo: "eh, amigo, anda a dormir, mañana todo va a estar mejor".

Día familiar

Hay un diablo muerto en el jardín de la casa. Papá ha dicho que lo sacaría esta tarde junto con las bolsas de la basura. Mamá piensa que lo mejor sería quitarlo de una vez porque da muy mala imagen y quién sabe qué vaya a pensar la sociedad. Pero igual se ha quedado allí tirado y mi hermano el mayor tampoco tiene intenciones de moverlo a ningún lado. El perro que tenemos por mascota fue a darse una vuelta por el demonio difunto para reconocer el territorio. Lo huele y parece que el azufre le molesta y se retira solemnemente mientras le lanza un poco de tierra con la pata izquierda. Mi hermana la pequeña prepara un elaborado juego de té y ya tiene al diantre cadáver cubierto de pulseras de colores. Mamá sigue regando las flores del jardín como si nada pasara y sonrío nerviosa cuando pasa alguno de los vecinos. Algunos se detienen a observar con extrañeza al difunto. Han querido tomarle fotos pero mamá los convence de lo contrario haciéndoles la plática de alguna cosa trivial que no alcanzo a entender.

Papá ha vuelto esta tarde con una sonrisa en la cara y nos ha llamado a todos a entrar a la vivienda. En el periódico de hoy anuncian viajes gratis al Caribe a la familia que lleve el objeto más increíble que tenga en su jardín. A mi madre no le ha gustado mucho la idea, pero sostiene con sus guantes de látex los pies colgantes del ángel caído mientras lo cargamos hasta la sede del concurso. Papá nos mira a todos con orgullo y sonrío. Mi hermano publica en Facebook

una foto del alegre suceso. Yo pienso en lo complicado que será traerlo de vuelta. También será difícil explicar el golpe en la cabeza que mató a Satanás mientras dormía anoche en nuestro césped. Pero eso —creo yo— nadie tiene que saberlo.

Fiesta

Como truco final, el mago sacó un conejo blanco del sombrero. Un conejo rabioso y veloz, que devoró a los primeros niños de un solo bocado mientras el nigromante cerraba las puertas. Cuando el festín terminó, el emponzoñado conejillo se dejó tomar suavemente por las largas orejas y lo depositaron en el sombrero, donde por fin pudo descansar sin hambre y en paz.

Un duelo

El hombrecillo me mira con la misma impresión que yo a él. Está parado justo a media recámara y lleva consigo mi teléfono celular. En cuanto prendí la luz noté esa pequeña oscuridad moviéndose, temí que fuera algún insecto rastreador, y con todo el miedo del infinito miré, pero es, tan sólo, un hombrecillo de menos de diez centímetros de altura que pretende robar mi celular. Me mira fijamente, no parece arrepentido, creo que sus ojos expresan más seguridad que los míos que comienzan a flaquear ante el duelo de miradas. Ojalá fuera yo un viejo pistolero del oeste. *Billy the kid*. Alguien que no titubeara con la ojeada de un hombrecillo cleptómano que comienza a dar pequeños pasos hacia el fondo de la habitación. Se ha movido lento pero no lo he perdido de vista. No quiero parpadear, si lo hago quizá la visión desaparezca y yo termine culpando al gato de la pérdida del celular. Doy un paso al frente. Creo que lo mejor será atraparlo, lanzarle un trapo encima y luego saltar sobre él y pisotearlo hasta el final de los tiempos. Pequeño ladronzuelo. Ven acá. El duelo ha empezado y me siento afuera del *OK Corral* listo para todo. No sé si sea mi imaginación, pero escucho, en el viento, ese silbido que indica que todo puede suceder. Que gane el más veloz.

Miraban a Diana con morbo

La cita era a las ocho de la mañana y todos teníamos que ir encuerados. A mí, desde siempre, este tipo de actos artísticos me parecían cosa de lo más obscuro y ridículo. No me la creo que el "artista" se haga sacándoles fotos a un montón de traseros y chichis en el frío matutino de la ciudad de México. Pero desde que nos invitaron, Diana dijo que sí. Cuando con esa cara de emoción que derrite ogros me miró tan emocionada y me preguntó si yo también me apuntaba qué más iba a decir. A la mañana siguiente ya estaba frente al espejo del cuarto de mi madre mirándome con detenimiento para ver si tenía algo que de plano no quisiera mostrar. Pensé en llevarme taparrabos o alguna especie de tanga porque creí que a nadie le molestaría si me tapaba los huevos justo hasta que el fotógrafo dijera que todo estaba listo para las tomas. Diana —que para ese entonces no sabía que yo le declararé mi amor— era de esas chicas de lo más radiante. Yo diría que perfecta. Y ese era el consenso general entre mis mejores amigos que cuando se enteraron de aquel asunto y fueron y se anotaron para también salir en pelotas en alguna de las fotografías del extranjero aquel. Con los días empecé a ponerme nervioso. Y cuando llegó el gran evento nada me mataba más de nervios que pensar en lo que iba a ocurrir allí. Tanta gente. La mayoría mujeres y uno que otro canijo cuarentón con cara de que quería ver algo sabroso. Por fortuna tenían mucha seguridad. Nada de cámaras, celulares, ojos de locos, tangas ni taparrabos. Todos

en cueros a la de tres. Entonces la vi. Dejó caer su ropa y se asomó el ángel de piel más perfecta que había conocido en mi vida. Al instante fui una canción de Radiohead. Todos los minutos que siguieron fueron el cielo para mí. Ella me tomó de la mano. El mundo era de colores. Escuché gritos por megáfono y una cagada de paloma me recordó que estaba vivo y que los mirones en los techos cercanos espiaban con risas de nerviosismo en sus estúpidas caras. Nada me importó. Noté que algunos güeyes miraban a Diana con morbo, y ella, a cada mirada que no le gustaba, se pegaba más a mí y yo me sentía como el pinche macho alfa. El bato de espalda plateada de la colonia Escandón. Ese fue el día que le dije, así de plano, que estaba enamorado de ella. Recuerdo que sonrió y que me quiso decir algo antes de que los gringos aquellos me empezaran a sacar de la fila. Pinches negros. Mi erección era lo último que yo había notado, pero al parecer a ellos sí les importaba mucho. Muchísimo. Mi foto salió en varias portadas y Diana empezó a salir con un compañero del salón. Pinche fotógrafo artista. Pinche redbull mañanero. Pinche amor que se me salió aquel día del pantalón

Duelo a muerte

La tercera bala pasó rozando la sien del charro negro, que se escondía detrás de un montón de rocas. Agazapado, atisba por encima de los minerales y un disparo más certero le atraviesa el brazo derecho a la altura del codo. El dolor del hueso lastimado es insoportable. No puede sostener más su arma. Maldice haberse atrevido a mancillar a la doncella del hombre que es su peor enemigo. Sin embargo lo reconforta una sensación redentora. Después de todo, él es el malo de la historia y no ha tenido otra opción. La sangre se esparce a su lado y siente próxima su derrota. Un ruido de espuelas le hace voltear la cabeza y se encuentra de frente con el charro blanco, que lo mira con desdén mientras le apunta a la cabeza con una Colt 44 plateada y le dice que ha llegado su hora. Este es el fin, pero algo se me ocurrirá para salir de esta —piensa Juanito—. ¿Seguimos jugando después de comer? Es que ya me habla mi mamá.

Una tarde de domingo

Cuando levanté el sombrero me encontré con el pueblo de los hombrecillos. Armados con poleas y sofisticados carretones, trasladaban las casitas a través de la mesa del comedor. La casta guerrera, sorprendida por mi abrupto descubrimiento, se colocó de inmediato en formación de batalla. Mujeres, niños y ancianos huyeron a rapel hacia la esquina más alejada de mi vista, mientras los que parecían ser unos pequeñísimos hechiceros preparaban unos calderos de los que surgían chispas y diversos vapores de color. Armado con un periódico enrollado, me preparé para la guerra inminente y tomé posición. Un hombrecillo coronado en oro asomó detrás de los guerreros, alzó una bandera verde y la ondeó tres veces. Los gritos ensordecedores de miles de hombrecillos a mis espaldas, a mis pies y de otros tantos que caían del techo en pequeños paracaídas, me estremecieron y fueron la señal para lanzar el primer golpe. La suerte estaba echada.

Un día tendremos alas

En el vestíbulo de un viejo hotel en Alabama, John hace clic a una serie de vínculos en internet donde se habla de su más reciente discrepancia con Paul. El viejo J. L. se ha enterado del chisme por Twitter y se ha decidido a echar un vistazo. Mientras algunos huéspedes intentan acercarse a él, hace caso omiso de los flashes y continúa leyendo las noticias a través de su moderna tableta digital de última generación. Todavía recuerda las noches en que los únicos dólares que les quedaban se iban en conseguir un poco de cocaína para aguantar las duras noches de rock and roll. Afina los últimos detalles de una nueva canción dedicada a su ex mujer Yoko. Maldita sea. Piensa John. Un día tendremos alas para soñar e imaginar las cosas como realmente deberían ser.

El joven J. L. trastabilla un poco con los escalones afuera de un edificio en Manhattan. Se ha soñado viejo y sólo. Piensa en llamar a Paul. A George. ¿Dónde estará el buen Ringo? Ha tirado las llaves al piso y las busca para entrar pronto a su departamento y olvidarse de esos extraños sueños donde se siente tan viejo y tan leyenda de rock. Entonces voltea y mira al regordete fan que le pide un autógrafo. Seguro amigo —piensa— una firma más y todos nos vamos a dormir.

Análisis

El arqueólogo mira por la ventana y sorbe un poco del café mientras siente que se lo lleva el diablo. Hasta ayer, su descubrimiento hecho *in situ* en un mercado de hace diez mil años, confirmaba su ardua investigación acerca de la civilización de los ghiteros. Un tipo de seres humanoides con una característica física especial: eran microscópicos. Conservada dentro de una bolsa de sopa de coditos (alimento de común uso en la época humana *pre-homo sapiens sapiens futuris*), toda una ciudad ghitera se mantenía aislada del apocalipsis que había ocurrido en el planeta tierra miles de años atrás. Dentro del ligero envase de plástico, la diminuta ciudad continuaba con sus ocupaciones dentro de su encierro. Manteniéndose vivos gracias al tipo de oxígeno atrapado que, a diferencia del ozono B que respiramos hoy en día, les permitía vivir con toda normalidad y seguir al cabo con su gobierno, su religión, sus trabajos y toda una pléyade de actividades a todas luces interesantes de observar, descubrir y comparar su arte con el propio que perdimos antes de nuestra desgracia. Los análisis preparados para este lunes revelarían, sin duda, alguna posibilidad de comunicarnos con ellos y explicarles a detalle que era en realidad esa voz que ellos consideraban como su Dios y ayudarles a conllevar las múltiples consecuencias de tal revelación. El arqueólogo piensa en la fama que le habría dado el mayor descubrimiento de la historia. Advierte lo

mal que sabe este café. Recuerda su torpeza de llevar el trabajo a casa y olvidarlo en la mesa de la cocina. Piensa en la poca sal que su mujer usó en la sopa de coditos que preparó el día de ayer para la comida.

El libro de cuentos

Cuando el minotauro halló la salida, el laberinto parecía haberse derrumbado años atrás, las plantas eran polvo y la lluvia era un bosque, no había caminos hacia el pueblo como siempre imaginó, y no tuvo recibimiento de héroe como soñó alguna vez, simplemente despertó y de pronto todo era luz, una lámpara lo miraba desde lejos y las paredes se veían pintadas de siluetas infantiles que sus ojos viejos no entendían ni podían percibir, el suelo algo blando, color casi azul, alfombra extraña y unas cajas de cartón. La figura de dos metros se alzaba hasta el techo y los ojos rojos eran volcanes, bramidos lentos, apretó las garras y volteó presuroso cuando el niño dejó caer su libro de cuentos en un rincón cerca de la cama. El monstruo caminó lentamente y el hocico se abrió en espera del primer alimento en cien años. El niño en pijama y descalzo, con la cara blanca y los ojos grandes, sólo atinaba a murmurar: funcionó... funcionó...

De la tristeza de algunos lavabos

Cuando los lavabos se ponen tristes secretan todo tipo de líquidos extraños. Menos agua. A veces lloran un par de pequeñas y tenues lágrimas de color azul que se escurren confundidas —por el neófito dueño— con el tinte característico del jabón antigérmene que han dispuesto para su higiene personal. Pero es cierto que los pobres lavabos lloran, pasan el día con el corazón roto y el alma henchida de melancolía.

Los más viejos cuentan historias de antiguas tierras. Y de cómo por sus venas corre la mismísima agua con que algún antepasado sirvió a Jesús para lavarle los pies a sus asombrados discípulos.

Una pequeña infección del oído medio

Nada de qué preocuparse. Dijo el primer médico, y el segundo aumentó un poco el tono en preocupación y el tercero de plano dijo que había que hacer algo y pronto. Cuando del lado izquierdo dejó de escuchar por una pequeña infección del oído medio, toda la música del mundo empezó a ser extrañada por un hombre de menos de cuarenta años que temía lo peor. Aunque no estaba del todo mal. Había que voltear del lado correcto y hacerle caso a las cosas que otros gritaban para que él pudiera entender. Entonces llegó el silencio del lado derecho. Ahí sí que todo su mundo se cerró para nunca volver y empezó a escuchar sus voces internas, tanta claridad y tan mal discurso, la voz del diablo y la voz de algún diosecillo desconocido hasta ahora. Luego el agua en la regadera, tan potente corriendo por dentro formando canales ancestrales en su memoria, los cabellos rompiéndose con aquella avalancha de silencio, las puertas del alma abriéndose y las ventanas de los ojos cerrándose sin sentido, un zumbido, los recuerdos claros de maullidos que ya no están, la voz de su padre guardada para siempre en la distancia, el pasado caminando fuerte, el amor diciendo tonterías, todo sonaba ahora tan claro que tuvo que dejar de abrir los ojos y por fin poner atención a la única cosa que se le había escapado en la vida: su propia voz.

Un hombre honesto

Un hombre honesto muere al salir de su casa.

Muere a manos de un hombre deshonesto que al salir de casa besó a su niña de seis años en la frente —después de que ésta le dijo: te quiero, papá—.

Fue un beso honesto, pero el hombre deshonesto muere a manos de un policía honesto, cuya muerte posterior será grabada por un reportero deshonesto que venderá el video a un más deshonesto canal de televisión.

Un hombre honesto mira las noticias y piensa en lo terrible que es el mundo.

Sale de casa y es atropellado por otro hombre honesto; despistado, eso sí, que no se fijó al manejar.

Los viejos hablan

Cuando cae la noche, la tristeza se escurre por todas las paredes. Los viejos duermen —roncan— y sueñan con toda la algarabía que tuvieron en sus caras alguna vez. Arrastran recuerdos de fiestas tremendas bajo atardeceres fugaces. Orgías en la nieve. Noches de tormentas de besos. Revoluciones perdidas mientras le hacían el amor a una muchacha de ojos grises en el asiento trasero de un modelo cuarenta y dos. Los viejos hablan de antiquísimos compañeros de baile. De los días mejores cuando todo costaba un centavo y la música no era para ser bailada por monos de titiritero. Los viejos se pierden en un sueño donde viven su juventud otra vez. El asilo descansa en paz hasta que sale el sol. Bajo el calor de un sol extravagante, los jóvenes viven las vidas perdidas que parecen no tener fin. Una eternidad que los lleva de viaje por las costas húmedas de una mujer morena, de ojos de color del café de olla y ríen al ritmo de guitarras y danzan con los alebrijes como únicos testigos en el bosque. Los jóvenes no quieren irse a dormir, jamás. La noche llega y los convierte en viejos olvidados que sueñan. Que hablan. Que viven su vida una y otra vez.

Un escritor

Lo más triste de sentirse atacado por un puñado de libros era que todos habían sido escritos por él. Apilados con parsimonia en tres libreros de roble, ahora saltaban uno a uno hacia el cuerpo indefenso de aquel hombre que no podía hacer nada. Los más grandes, apilados con destreza, le sujetaban los brazos y piernas mientras los otros cumplían el objetivo trazado días atrás: asesinarlo. Antes de sentir la garganta cercenada, pudo ver a tres ágiles y jóvenes libros de poesía surcar el espacio de la habitación entera en perfecta armonía, cual aves de combate que dejaron caer tras de ellas el letal cargamento de principios burdos, finales infelices, malas historias y personajes mal creados que cortarían la cabeza de un sólo tajo; nunca más soportarían vivir bajo la tutela y mirada de aquel mal escritor.

Ni uno más.

Un lector

Despertó con un extraño sabor a tinta en la boca. Eran las siete de la mañana de un lunes. El año ya no importaba. Aquel día el mar amaneció en el cielo y su melancolía gritando desde un cajón. Su cama se sentía tan insegura como un barco en la tormenta, tenía la sensación de flotar, naufragar, caerse en algún precipicio al que parecía haber llegado por voluntad propia. Si bien el cuarto no daba vueltas, sus pensamientos sí. Su cabeza era una tempestad que anegaba la habitación. El viento rompía frenéticamente el librero y lanzaba al vacío los libros que se oponían a su danza incontenible.

Quiso dar dos pasos alejándose del lecho pero trastabilló. Sus piernas se sentían como un par de letras mal escritas, quizá dos eses torpemente garabateadas por algún bufón todopoderoso. El cuerpo ardiente como un molde de imprenta dejó de responderle. Singulares tatuajes en forma de caracteres invadían su piel. Cayó al suelo envuelto en un antojo de ternura. Pensó en los brazos de su amada. Tuvo tiempo para un sueño triste antes de abrir los ojos a su realidad. Ya no tenía miedo.

Eran las siete y cinco de la mañana cuando se perdió para siempre en una página de aquella vieja edición del Quijote. Su cuerpo transformado en un punto y coma sonrió levemente, dejándose llevar por el vientecillo fresco de un cambio de página. Y se supo libre de toda razón humana al arrullo de aquella canción de cuna que le sonaba tan familiar: *En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...*

El payaso debe morir

El plan era llegar hasta la puerta del departamento y meterle el susto de su vida. Pinche payaso. En cuanto saliera, Omar le daría con el bate en la cabeza y yo lo picaría con el tenedor enorme que sirve para sacar la carne asada del asador. Estas cosas bien planeadas siempre salen bien, pensé. La verdad es que los policías mexicanos no dan una y no tienen equipos como los del ci-es-ai para dar con los pillos. El problema de vivir en edificios como estos es que nunca falta una vieja chismosa. Pero el payaso vive en el último piso y enfrente nomás está el doctor, que nunca está por aquí, y además tenía la luz apagada y la fiesta de las viejas locas del tres desviaba toda la atención. Pero el plan era hacerlo allí mero, afuera de su casa, con los sombreros y las medias en la cabeza para que no nos reconociera y se espantara todavía más.

Desgraciado payaso. Si de verdad andaba con mi mujer lo iba a pagar caro. Es el colmo que te engañen y que además sea con un payaso que se llama Winki. El hijo de perra payaso Winki. Con su vocho del ochenta pintado de amarillo y azul. El winkimóvil. Rines cromados, llantas anchas, estéreo con reproductor de diez cedés e interiores de cuero. ¿Se andará fajando a muchachas allá adentro? Desgraciado. No lo dudo. Y desde que lo he visto rondar por mi edificio pensé que algo no estaba bien.

El payaso debe morir, dice Omar. Y estoy de acuerdo. Por eso el plan era meterle el susto de su vida y ante la sor-

presa romperle la madre a golpes. En el suelo de su sala. Que lo encuentren allí tirado, lleno de sangre, con esa estúpida sonrisa en la cara y una botella de cerveza en una mano. "Payaso asesinado en su propia casa: la última risa", pregonará el diario.

Y mientras el payaso agonice yo entraré sigiloso a su departamento y me robaré todos los focos. Esa será mi venganza. Porque claro, no hay nada peor a que te abandonen por un payaso alcohólico, sin chiste, y quedarte solo en un departamento sin luz.

Los primeros minutos del día

Sucede que despiertas y al abrir los ojos no reconoces el lugar. En esa posición sobre tu lado izquierdo, tienes enfrente una pared de un color que sólo podría haber elegido alguna ama de casa muy triste. Junto a la cama, hay una mesa pequeña con un florero y unas rosas un tanto marchitas. Escuchas el leve crujir del ventilador de techo que tiene, por lo menos, un tornillo flojo. Hace frío a esta hora. Te duele un poco la cabeza y no has logrado despertar tan bien como para saber dónde demonios estás. Todo te parece extraño.

Te das cuenta que no tienes nada de ropa encima. Mueves la mirada hacia el borde inferior del lecho y observas una sábana hecha bolas en el piso. En este momento de más claridad notas un peso extraño sobre tu cuerpo. Es un brazo. Alguien duerme detrás de ti y mantiene su extremidad derecha a la altura de tu cadera. No quieres moverte demasiado, no se vaya a despertar esa persona. ¿Quién carajos es? Agachas un poco la cabeza con la intención de descifrar a quién pertenece aquel apéndice lánguido encima de ti. No tiene vello, parece una mano de mujer —tiene que serlo—; no tiene marcas, o anillos o pulseras. Es una mano pequeña, pero la muñeca que se pierde hacia dónde no alcanzas a mirar tiene un grosor considerable. Casi podría decirse que es de hombre. Pero piensas que en todo caso es de una hembra no demasiado esbelta, que además podría ser una de esas madres solteras que tienen que trabajar muy duro, y eso explica la ausencia de barniz

en las uñas. Por supuesto que es una señora. Quizás una maestra de artes marciales. Una dama que decidió invitarte a su departamento después de alguna fiesta o un aquelarre magnífico con los amigos del trabajo. Aprietas con pujanza los ojos como quien quiere recordar algo a fuerzas, pero no logras divisar nada de la noche anterior.

Buscas con la mirada tu ropa y de paso alguna pista para descubrir a dónde diablos has ido a parar. Detrás, tu pareja se acomoda, suspira y hasta deja escapar un leve ronquido. En ese movimiento se ha acercado un poco más hacia ti. Sientes un bulto que se pega a tu trasero y toda la felicidad de tu cuerpo quiere morirse de melancolía. Ahora piensas que algo terrible ha sucedido horas antes y quieres recordarlo, buscar en tu mente algún resquicio de alivio que te salve de este momento, pero en tu cabeza lo único que puedes ver son borregos hastiados de brincar una cerca, llevan marcas en la piel con números consecutivos, y cuando saltan te miran como si supieran que tú eres la pinche razón que los tiene en aquella rutina para intentar dormir.

Aquella imagen se dispersa cuando te llegan un par de recuerdos que quizá sean un tanto útiles: 1.- Ayer tenías una cita para cenar con un prospecto de cliente; y 2.- Pediste un tequila para aligerar la cena y esa bebida siempre ha sido tu talón de Aquiles a la hora de la parranda. Crees que las cosas no podrían estar peor, tu acompañante se ha acercado más y sientes que su aliento eriza los vellos de tu espalda. Ya no te molesta tanto. Supones que esto debe ser un mal sueño. No puede ocurrirte a ti. Sin embargo, respiras profundo y disfrutas el aroma a sexo que inunda la habitación. Han pasado algunos meses desde que lo hiciste la última vez y quizás esto no sea tan malo. Ahora que recobras la lucidez, piensas que en realidad sigues amando al pobre idiota de tu marido. En este punto ya no recuerdas el sueño

de ser una mujer libre que se va de parranda con una amiga y no tiene que rendirle cuentas a nadie. Reconoces la rutina de tu casa y el ruido del maldito tornillo del ventilador que nadie ha podido arreglar. Suspiras. No más fantasías. De un empujón te quitas el brazo de tu esposo de encima y piensas en sus manos de maestro de escuela: regordetas, suaves y estúpidamente pequeñas.

Que se muerda los labios

Ninguna otra maestra tiene esa facilidad tuya para combinar tan bien las matemáticas y el sexo. Bueno. Quiero decir que me sorprende que nadie más note al demonio disfrazado de ti dando clases de álgebra en el salón. El calor infernal que inunda el lugar y la manera que tienen tus nalgas de marcarse en ese pantalón de mezclilla. Mírate. Descarada. Te levantas de la silla y nos das la espalda y hay que agacharse —lo juro— para que tu puntiaguda y larga cola de diablo no me arranque la cabeza de un tirón mientras haces aquellos dibujos obscenos en la pizarra. Esas figurillas hechas de líneas negras que se escapan de tus dedos y empiezan a amontonarse en posiciones tan insospechadas para un pobre estudiante como yo. Supongo que me enseñarás a hacerlas muy bien un día. Quizá hasta pongas una estrellita en mi frente como premio al mejor sesenta y nueve. Pero mira qué descaro de tu lengua que repite números sin cesar y yo hago sumas y me desvelo al ritmo de tu cadera moviéndose sobre mí... uno... dos... tres... hay que bendecir al tal Baldor por enseñarme a llevar tan bien la cuenta de estos arrebatos que no —lo juro— no podrías tener con nadie más que conmigo. Y es que lo veo en tus ojos. Pícara. Sospecho que no tardas en enviarme otra vez a la sala de castigo. ¿Te quedarás conmigo un par de horas? Sé que lo piensas. Sé que lo deseas. Sé que estás tan enamorada de mí como yo lo estoy de ti. En mi cumpleaños siete voy a pedir ese deseo al que tanto le tienes mie-

do. Sí. Sabes que sí. Lo haré. Y entonces sí, que la maestra se muerda los labios del antojo ya no será un secreto para nadie más. Serás mía, y yo dejaré de ser Luisito, el consentido del salón.

Once segundos

Uno de los jugadores del equipo visitante ha desaparecido del campo. Durante los segundos posteriores a la extraña ocurrencia, el árbitro recuerda que dejó encendida la luz del balcón de su casa. Ha tenido problemas porque al menos un par de vecinos del edificio de enfrente se han quejado de ese foco en particular. Sucede que lo compró por recomendación de un empleado de una conocida cadena ferretera, quien le aseveró que era el más recomendable para iluminación urbana por su “suave y artificial brillo que nunca lo dejará en la oscuridad”. Los quejosos le han dicho que es verdaderamente insoportable. Cuando el nazareno sale de casa y olvida apagarlo, el destello los tiene despiertos toda la noche, y los ha obligado a redecorar las ventanas con las más coloridas —y gruesas— telas que bloqueen el destello de aquel pequeño y odiado solecillo.

El brasileño “Güicho” ha disparado a gol. Tiene la pierna más potente de la liga con todo y que hace un año le extirparon un tumor. Cuando golpea el esférico siente un pequeño dolorcillo detrás del muslo. Podría ser cualquier cosa. Desde un tirón, un desgarré o una consecuencia de la cirugía. El trayecto de la pelota sugiere una anotación espectacular. Pero eso es lo que menos le importa en este momento que la cara de su hijo recién nacido se le viene a la cabeza. Piensa también en su mujer y siente un vacío en el estómago al recordar que ha vuelto a olvidar su aniversario de bodas.

El portero del equipo local se ha fijado que en uno de los postes de la portería hay tallado un mensaje de amor. Sonríe y decide acercarse para leerlo mejor. Curioso que nunca lo hubiera notado: "María L y Pepe H se aman". La silueta de una especie de corazón rodea la afirmación y el guardameta esboza una nueva sonrisa que en cuestión de nanosegundos se desvanece al recordar que su mujer se llama María. Y se apellida López. No ubica a ningún Pepe además que al masajista del equipo que se llama José Hernández. Algo en su cabeza hace clic, pero no tiene tiempo de digerir la idea cuando hacia él se acerca un balón que atraviesa el aire a 80 kilómetros por hora, y el cancerbero se lanza a la izquierda para intentar atajar.

El portero del equipo visitante aprovecha el ataque de su equipo para buscar una bebida energética. Desaparece del partido por un lapso de once segundos en los que pasan muy pocas cosas. Toño quiso jugar esa posición desde que era niño y ahora es el titular de un afamado equipo de fútbol. Estudió filosofía y piensa que nada hay más triste que el vacío que devora las mentes de los jugadores de este deporte. Seres robóticos. Atletas con un único pensamiento en la cabeza: patear un objeto redondo hecho de piel e inflado con ciertos tipos de gases para darle ligereza. Mientras regresa a su portería vuelve a pensar en ese vacío. Recuerda teorías de pensadores europeos que ven en el alma a un ser cuyo color se extiende al cuerpo que lo alberga. Quizá todo son patrañas. Piensa Toño. Mientras regresa a ocupar su lugar e imagina que es el único ser pensante parado en aquella plancha llena de césped. En once segundos nada extraño puede pasar.

Perdidos

El viento azotó nuevamente la frágil vela y el improvisado mástil volvió a crujir. Era la embestida más fuerte que Poseidón les brindaba aquella noche, y los ánimos empezaron a decaer en el grupo. La herida en la mano de Ana sangraba profusamente, Leonel pensaba en una versión acuática de algún cuento de García Márquez mientras reprimía sus ganas de llorar, tenía que ser valiente. El horizonte seguro de su pequeña playa había quedado en el olvido siete días atrás, en el cielo no se divisaba ya ninguna ave y en la cubierta de plástico sólo quedaban algunos pescados que empezaban a descomponerse y a oler mal.

En el ambiente cierto aroma a motín. El líder, después de todo, no era más que un balsero que había perdido el rumbo, pero en él habían puesto todas sus esperanzas de sobrevivir, después de todo, era el único entre ellos con cierto conocimiento del mar. Un enorme relámpago anunció la siguiente tempestad. Todos se tomaron de la mano y rezaron en silencio lo que a cada cual le dictó su propia conciencia.

Las olas se alzaron a lo lejos como titanes, rodeándolos, y un repentino silencio pareció anunciar una inminente salvación. Toda la paz que habían soñado llegó al fin: aguas mansas, brillos por todas partes, el cielo azul encima de ellos y una pareja de delfines haciendo piruetas alrededor. Sonrisas. Vivas al aire. Abrazos y muestras de afecto inesperadas. Pero el guía lloraba en silencio. Estaban en el ojo del huracán.

En la radio sonaba un rock

Dijeron que sería como encontrar sirenas en el desierto. Pero funcionó. El experimento concluyó un domingo por la noche. Así que el mundo de este lado del hemisferio se desveló para contemplar el nuevo día. Se podían ver los campamentos improvisados en las azoteas; las fiestas en las banquetas; los amantes abrazados en el bosque a la espera del amanecer. Y fue entonces que lo vimos: el día más perfecto de la humanidad. El clima era perfecto. Se detuvo al mal. Cayeron sendas lluvias para terminar sequías. Se atajaron afluentes que destrozaban cosechas. El cielo estaba limpio. Las aves tomaron vuelo. Los peces retomaron los arrecifes. Podía sentirse el abrazo de alguien al otro lado del mundo en una cálida sensación de humanidad. Estábamos en paz. Fueron siete días que emularon la creación. Finalmente, el perdón y el amor a nosotros mismos salvaron al planeta. Quizá esa fue la razón por la que los visitantes nos eligieron. La nave nodriza destruyó la luna con un solo disparo mortal y luego comenzó la invasión. En la radio sonaba un rock que auguraba que lo mejor estaba por venir.

Alguien

La mujer muerta ha dejado de ser la novia de alguien.

Ella era mi novia.

Dirá alguien.

Alguien marcará con tiza alrededor del cuerpo de la novia de alguien algo que se parece a una silueta de alguien que ha muerto.

Alguien ha muerto en medio de la calle y nadie, ni siquiera alguien, se detienen porque cerca hay alguien con una pistola que podría matar a alguien más.

Es alguien que corre y huye como un bólido a través de una trillada selva de concreto.

Alguien lo persigue.

Alguien lo atrapa.

Alguien lo juzga y alguien lo espera en prisión para matarlo.

Alguien lee esto y tiene miedo.

Alguien lo escribe.

Alguien lo imagina.

Alguien llora.

Un adiós

Del otro lado de la pantalla, una mujer llora y hace muecas que la hacen verse fea. Un tanto fea. La amo. La amé tanto ayer como hoy y como seguramente la amaré mañana. A través de un satélite en el espacio y de una serie de ramificaciones electrónicas, llega su voz que repite un “lo siento” que no me parece sincero. No creo que realmente lo sienta. Es decir, está del otro lado del mundo y toda la tristeza que inunda mi habitación no le afecta en lo más absoluto. El mundo es una de esas mierdas que a Dios le costó trabajo terminar de hacer. Sin embargo trago saliva y la miro hacer una mueca distinta, que no conozco. Después de meses de conocerla tiene una mueca nueva y eso sólo puede significar que he comenzado a olvidarla. De este lado de la pantalla estoy yo. Y lloro como nunca lo había hecho en la vida. Ella dice que debe olvidarme porque si no, todo dolerá más. ¿Es decir, que dolerá más que esto? Ella dice que sí. Y nadie quiere pasar por eso. Menos ella. Quizá yo sí. Un poco. ¿Por qué no? ¿Por qué no descubrirla otra vez y enamorarme de ella? ¿Por qué no cantarle *Sarà perché ti amo* después de hacer el amor? Por qué no. Me mata y no lo puede ver. Quizá sea sincera. Quizá la distancia nubla su visión y quizá el rastro de mí en el cementerio es tan sólo una de las cosas que la tecnología no logra vislumbrar.

El espejo

La duplicidad del mundo está establecida desde la creación del universo. Todo ser, toda obra, toda palabra, existen también en un espejo que cuelga del mismo cielo. Ese mundo espejo guarda una copia exacta de todo lo que alguna vez haya existido en nuestro planeta. Estas copias no son otra cosa que un resguardo seguro, a través del cual aseguramos nuestra continuidad en caso de siniestros o eventualidades. Por ejemplo, si alguien muere por accidente en el mundo real, la Gran Mano obtiene su respaldo de vida del espejo y lo restituye en un instante antes de cualquier percance. Los viejos tienen la posibilidad de restaurarse a una época mejor, guardada en su doble, y volver a vivir una existencia a su antojo. Estas cápsulas artificiales de almacenamiento son conocidas como prototipo biológico HU. Quizá usted le conozca por su nombre comercial: Humanos. Y, para propósitos prácticos, llamaremos a ese mundo espejo "Tierra".

Cielo

Los ojos negros, como los azules.
Como los verdes vivos. Todos hoy, cerrados, duermen.
Su luz ahora sofoca su rayo mineral.
El cielo es alto y frío.
Más fríos aún, los rostros no contemplan, o no arrojan
verdad.
Mas no hay otra verdad que aquí, dormidos,
Los bultos miserables.
Calla y pasa.
Vicente Aleixandre

Fantasmas como tazas de café

Mi chica y yo hemos discutido acerca de la existencia de los fantasmas.

Después de esto las cosas no han ido bien.

Nada bien.

Ayer, por ejemplo, ni siquiera se aferró a mi mano mientras veíamos una película de terror. Siempre que vemos una película de terror, sus dedos se entrelazan a los míos y me olvido de las cosas estúpidas que se muestran en la pantalla. Y aquí viene otra vez la discusión.

—¿Cómo puedes no creer en fantasmas? —me dijo.

—Sabes que son tonterías —dije intentando tomar un puño de palomitas acarameladas—. La verdad es que cada vez que mencionas esa palabra en lo único que puedo pensar es en el estúpido de Emiliano.

El ex novio de mi chica se llamaba Emiliano.

Emiliano era algo así como el tipo más popular de la escuela. Y no me caía bien.

Nada bien.

En todo caso tengo entendido que yo no le agradaba en lo absoluto a él. De vez en cuando, en el patio, nos echábamos miradas como enemigos en el viejo oeste, y caminábamos como si lleváramos espuelas y un Colt 45 colgado a la cintura. No era para menos. Todos sabían que Angélica (su chica) me gustaba y que a veces deseaba que se lo llevara un tren para poderme quedar con ella.

No se lo llevó un tren pero sí se lo llevó un camión.

Un camión de la basura.

Lo supe un lunes cuando regresamos a clases y todos hablaban con arrebatos del asunto.

—¡Güey, no mames, que se quebró el Emiliano! —gritó Carlos.

—¿De qué hablas?

—¡Se quebró! ¡Lo atropellaron! —confirmó.

No dije nada.

No podía decir nada.

Fue el mismo día de la balacera afuera de la escuela. Caos. Gritos. Sangre.

En aquellos momentos en lo único que podía pensar era en que Angélica estaría tan triste y lloraría sin parar. Necesitaría un amigo.

Yo podría ser ese amigo.

Un buen amigo.

Pero la verdad es que no la vi por al menos cuatro meses.

El día que regresó a la escuela, los vientos del verano la trataban muy bien. Vestía en colores vivos y para mí era una clara señal de que esa era la oportunidad perfecta para hablar con ella. No tardé demasiado en tomar el valor de invitarla a salir. Una tarde fuimos al cine y en la oscuridad total de la sala, ella enmarañó su mano izquierda con la mía. Le sudaban las palmas. Yo sudaba todo. Desde entonces supe que ella tenía una afición por las historias de suspenso, y que se había vuelto fanática de los libros de lo oculto y lo sobrenatural.

—¿Crees en los fantasmas? —me preguntó.

—¿Te enojarías si te digo que no?

—¡Claro que no, bobo! ¿Por qué habría de enojarme? —me dijo mientras fruncía el ceño como solía hacerlo cuando algo no andaba bien.

—Si tú crees en ellos, entonces también yo —le dije mirándola a los ojos.

El silencio que vino después presagiaba algo malo. Apenas teníamos unos días saliendo y en realidad no la conocía tan bien, sin embargo estaba claro que ese silencio suyo era como el del mar en la playa de Zicatela, luego vendría el estruendo de alguna ola mayor.

—A veces platico con Emiliano. Me visita algunas noches —me dijo con toda tranquilidad.

Pensé en diecisiete formas de poner una cara tranquila y en doscientas mil para detener el “¡no mames!” que se quería escapar de mi boca.

No dije nada.

Ella caminó con calma mientras me contaba de las visitas de Emiliano. Yo pensaba que seguro el hijo de puta se burlaba de mí desde su tumba.

En realidad, pensaba en la posibilidad de que Angélica estuviera loca y que algún tornillo se le hubiera zafado desde la muerte del desgraciado aquel.

Algo me quedaba muy claro: era tarde para decirle que en realidad no creía en fantasmas.

También era tarde para decirle que la amaba.

Era tarde para decirle que siempre había querido salir con ella.

Y era tarde para irme a casa, así que inventé una excusa y salí disparado al refugio sano (y cuerdo) de mi colchón.

Una semana después discutimos el asunto mientras veíamos una película de fantasmas. En ella, Harrison Ford se cagaba de miedo con el espíritu de una ex amante que se le aparecía en su tina de baño. Yo me reía del idiota de Emiliano y de su mala suerte de morir atropellado por un camión de la basura. Pensaba que, en todo caso, ningún burócrata celestial le daría permiso de regresar a la tierra a

un estúpido que había muerto de esa manera. Con el ruido atroz que hacen esos camiones. Con la peste y con el trajín. Pero el asunto es que al buen muchacho Emiliano se le atoró una pantufla por salvar al perro de su vecina y ¡plaf!

Ahora el problema es la discusión que hemos tenido Angélica y yo por su culpa.

Discutimos también si Bruce Willis estaba vivo al final de aquella película.

—¡Por supuesto que no! ¡Estaba muerto! —asegura mi chica con la severidad de un crítico de cine.

Yo creo que, en todo caso, los espíritus serían tipos divertidos que bailan en un escenario abandonado de teatro como el "Loco" Valdés. *A un brujo que es doctor mi amor le fui a llorar.*

El asunto con mi chica es que ella está convencida de que los espectros existen.

Está convencida de que su ex novio es uno de ellos y la visita para platicar.

Yo creo que simplemente lo extraña.

Creo que estoy jodido con cualquiera de las dos posibilidades.

Un par de veces la he ido a espiar desde el patio de su casa. Ella, con el pelo alborotado, mira por la ventana y suspira mientras bebe una taza de café. Los fantasmas deben ser como tazas de café. Cada quien lo toma según le guste. Como mi amigo Carlos que cree en el espíritu de un rabino crucificado hace más de dos mil años. O doña Carlota que cree que el fantasma de su esposo duerme con ella y la abraza. Como un tipo en TV que asegura que Jim Morrison lo visita cada año en su cumpleaños (en el cumpleaños del tipo, no en el de Jim) y le regala versos y canciones escritas en el más allá. El fantasma del Rey Lagarto se renta para fiestas personales.

Yo todavía me resisto a creer en los aparecidos.

Aunque la verdad creo que si yo fuera un fantasma, también visitaría a Angélica de vez en cuando. La vería dormir.

La espiaría.

Sospecharía lo peor si descubro que ha empezado a salir con el tipo que más odiaba de toda la escuela.

La buscaría para decirle cosas sucias al oído tan sólo para verla sonreír, mirarla sonrojarse y subir el hombro tíername para esconderse de mí; de verdad que estaría al tanto de todo lo que haga y del desgraciado que toma su mano cuando van al cine a ver películas de terror.

Si fuera Emiliano no me habría atropellado un camión.

Eso seguro.

Si fuera Emiliano buscaría el modo de estar cerca de ella y eliminar de la contienda a mi peor enemigo. En un susurro, le diría a Angélica: ¿Pregúntale si cree en los fantasmas?

Ahora, después de algunas discusiones, le he dicho a mi novia que empiezo a creer en esas cosas. Aunque la verdad sea que no.

La verdad es que no creo en fantasmas pero entiendo que ella, de verdad, sí.

Las cosas van mejor desde que decidí mentirle un poco.

Los ratos en el cine son excelentes y ella entrecruza los dedos de su mano con los míos.

Más tarde la acompaño a casa y me despido de ella en el jardín. Desde allí puedo espiarla y disfrutar de ella un poco más.

Lo malo son las noches en que la visita Emiliano. Sospecho que hablan de mí y corro encolerizado por la calle. Los fantasmas no deberían sentir enojo (mucho menos celos). Pero muero de coraje como el día en que una bala perdida me mandó al panteón.

Emiliano me mira y sonrío. Él, como Angélica, también puede verme.

Los muertos a veces nos aferramos a un mismo lugar. En este caso, a la misma chica guapa que puede hablar con los muertos. Fanática de las historias de suspenso. Amante de las películas de terror.

Un pobre hombre

En el séptimo día, aquel hombre observó con deleite todo lo que había creado. Sentado allí, a la orilla de la alfombra infinita, pensó que todo el derroche de imaginación le había acarreado una sed inmortal por nuevos conocimientos. Pero él, que lo era todo, no podía aprender nunca nada más. Sabía el color y composición del agua, la disposición exacta de galaxias, torrentes de soles, la materia viva con que construyó los sueños de todos los seres que habitarían su laboratorio, y las posibles repercusiones de haber dedicado también un día a construir agonías y excentricidades de un loco solitario, tales como el diablo. Después de todo, ya no le quedaba más magia bajo la manga y todo lo que le restaba era contemplar con su vida imperecedera los juguetes que estaban allí, a sus pies, imaginándolo como un ser todopoderoso e inescrutable. Omnipresente. En algo tenían razón, pues el hombre sí los hizo a su imagen y semejanza. Así que llora, por los siglos de los siglos, sin tener a nadie con quien hablar. Ni un peso para trasladarse desde la orilla del universo que una vez creó.

Después del temblor

Anoche hubo un temblor en el pueblo y la iglesia amaneció en ruinas. Sólo la gran puerta de madera se mantiene erguida, y, cerca de ella, un hombre con una maleta a sus pies. Los habitantes, confundidos y alborotados, salen a la calle y descubren el terrible panorama, no sin antes comenzar las conjeturas y los chismes acerca del sujeto que está ahí, impávido, con el rostro y las ropas confundidas entre los escombros y el polvo, una identidad que todos quieren averiguar.

Una vieja santurróna se hinca y agradece al cielo por la venida del Señor. El marido piensa que cualquier venida es digna de agradecerse, pero levanta a su mujer de un jalón en las trenzas y la obliga a meterse a su casa.

El monaguillo del pueblo cree que ha regresado el Altísimo (que en efecto le parece altísimo) y corre a anunciar las buenas nuevas por las calles del pueblo mientras la gente lo tira de a loco. Seguro que derrumbar la iglesia es parte del plan maestro. Después construirán una nuevecita, con nuevas sillas, nuevos confesionarios, nuevos santos y un nuevo sacerdote. El acólito piensa que lo único que puede pedir es que al siguiente padre no le guste jugar a las escondidas, y menos debajo de su sotana.

En el zócalo, el alcalde lidia con las mujeres que hablan de un ángel en la puerta de la iglesia, con el loco que jura que vio al fantasma del herrero, con doña Licha que cree que un fulano se quiere robar a su hija y con tres alborota-

doras que piden linchamiento para el posible violador de mujeres que acecha ahí parado a sus víctimas.

El padre Juan, bajo los escombros de la iglesia, reza por que alguien lo rescate pronto y el oxígeno le alcance para salir de allí. A su lado, la hermana María Luisa yace muerta, con el hábito todavía arremangado hasta la cintura y las roídas medias enredadas en los tobillos. La posible explicación —piensa el padre— tendrá que ser mejor que todos los chismes que se cuentan allá afuera, quizá nadie recuerde la tremenda plaga de roedores que sufren en la capilla, quizá nadie le va a creer que tuvo que ayudar a la monja a quitarse un ratón escondido de entre sus ropas; a menos, claro está, que el exterminador haya llegado temprano desde la ciudad y, de puro milagro, se haya quedado a esperar-lo pese al desmadre que dejó el temblor.

La limpieza

Después de hacer lo imposible por tener limpias las manos, el señor X bañó su cuerpo entero con gel antibacterial (que elimina el 99.99% de las bacterias), pero se siguió sintiendo sucio. Comenzó a vivir bajo la regadera hasta que tuvo miedo del indecoroso desagüe. Así que empezó a tallar la casa hasta desaparecerla de tanta friega, luego el barrio que apestaba a basura y no tuvo más remedio que seguirse de largo hasta el palacio legislativo y borrar con jabón la inmundicia de la clase política. Después le dio por higienizar al mundo. Así que se quedó sólo. Con las manos sucias. Y se limpió y se limpió hasta que desaparecieron las extremidades, el torso, el cuello, la cabeza y sólo le quedaron los ojos, aturdidos, con una basurita que entorpecía su vista de la nada.

Un hombre en el espejo

No era el mismo: aunque la calva disimulada con la gorra le regalaba algunos años, los pectorales caídos y la panza de chelero le daban el aire de señor que tanto despreciaba cuando se miraba al espejo. Y ahí desnudo, Luis escrutaba el otrora cuerpo de deportista, daba la vuelta como bailarina en cajita de música y se miraba las nalgas escondidas debajo de la piel quemada y las estrías que no supieron borrarse ni con aquella pomada verde que le pareció tan pinche cara. El blues de la calle de enfrente del hotelito se había callado por fin, y los ronquidos de un chilango y un pipope en los cuartos contiguos arrullaban la madrugada de la ciudad. La noche fue tan larga como los dos quisieron, poco importó que aquella mujer fuera casada y que tuvieran que compartir los gemidos con el concierto de mil perros a la luna. El nuevo sol vino tan puntual como siempre y tocó a la puerta que nunca pudieron cerrar. El viejo portero los vio salir a la misma hora de siempre y dar la vuelta por la misma esquina de ayer.

La señora que limpia los cuartos recogió los pedazos del espejo roto, que ya sabía que le cobrarían a ella otra vez, como siempre junto a su marido, con tantos años a costas trabajando en aquel lugar, se guardaban las historias para los nietos, que reían, jugueteaban y, emocionados y asustados le pedían al viejo: ándale abuelo, cuéntanos aquel cuento de fantasmas otra vez.

Soy un dios

He perdido la fe hace tantos años. Casi no recuerdo. Casi no siento. He perdido la fe y la cordura clavado a esta pequeña cruz de metal. He perdido la cuenta de los milagros fallidos que sueño, de las lágrimas en las puntas de los dedos que me son restregadas en la cara con cada peregrino que me visita. No soporto más. Lo peor de todo es el dolor. La desilusión y la música de tantos malditos herejes rindiéndole pleitesía a un fantoche como yo. Soy un dios que cuelga en el pasillo más alejado de la capilla más pequeña de la iglesia más pequeña de esta ciudad (tan pequeña). Planeo un escape tan imposible como el hecho de que pueda volver a caminar. Ni siquiera recuerdo haberlo hecho, o haber usado las manos, los dedos, el sexo, la boca. Así que sigo mirando a los visitantes desfilando ante mí; a los duendes vestidos de cura; a las viejitas de los miércoles que vienen a rezarme por un poco de fe. Pero, ¿qué demonios les puedo dar?

Arqueología

La noche de abril que arreció la tormenta decidimos refugiarnos en la entrada de la mina número nueve. Después de soportar el estruendo de los truenos y la falta de agua y luz, el cansancio hizo presa de nosotros. A las tres de la madrugada todos dormían. Esa fue la hora exacta del temblor del 99 y el famoso descubrimiento de la placa cuarenta y cinco de Kaih. Cuando todo terminó comenzamos la búsqueda de sobrevivientes y fue la capitana Cuevas quien notó la placa sobresaliendo en la pared noreste del refugio. El lenguaje, claro y nítido, contenía las instrucciones que provocarían la posterior muerte de cada uno de los seis sobrevivientes del derrumbe. Al día de hoy, siendo el último que sigue vivo, no puedo sino recordar palabra por palabra aquellas letras venidas de algún pasado que quisiera olvidar:

Placa 45 de Kaih (*observador del mundo, profeta de profetas, dios vivo de los Koddipas*) Aquí somos. Aquí bajo mi cielo. Bajo mi aire. Bajos mis alas. Aquí bajo mi palabra yacen los huesos del mundo. Aquí bajo mi capa existes. Aquí en mi vientre eres. Aquí en el triángulo de los bosques del sur está tu muerte. Aquí está tu madre. Aquí bajo el infierno de los dioses muertos se escriben las nuevas leyes. Esta es mi ley y esta es la noche de la danza de los muertos. A través de mí serás. A través de mis ojos verás. A través de mis piernas andarás. A través de mis

manos serás la muerte. A través de tu muerte seré el dios vivo que camina por el monte Witta y a través del lago Mnibo. Soy Koddipa. Soy Kaih.

Esta es la primera de mis alabanzas.

Sirena

Nació sirena y sus padres no lo quisieron entender. Él le echó la culpa a la bruja del pueblo y ella a las borracheras del marido abusador. Total que nadie en la colonia se puso de acuerdo y fue el cura quien dijo que no era una sirena, era una criatura humana del Señor. Pero la niña no pudo aprender nunca a caminar, y la cola de pescado se le secaba al sol y había que bajarle lo chamuscado a cubetazos (aunque oliera rico, decían los chamacos de la vecindad). Ya de grande, los muchachos la espiaban y la miraban leer un libro en la pileta de su casa. Coqueta y hermosa, la sirena empezó a cantar viejas canciones del mar en una lengua que nadie podía entender. La noche que se desbordó el río, todo el pueblo creyó que era el día del juicio final. Las aguas los arrastraron lejos y les tiraron las casas, al otro día el pueblo parecía la ruina de una nube caída en espiral. A la sirena nadie la encontró, pero el chisme era que la vieron irse río arriba hacia el mar, dijeron las comadronas. Los papás le lloraron tres días, pero pronto encargaron otra hija que a los cuatro años ya sabía jugar al fútbol.

Historia de amor

Dos viajeros coinciden en una fonda de comida corrida en México. Concuerdan en que la ciudad parece ser una antesala del infierno, pero les gusta. Ambos tienen alas y deciden volar. Un mesero los persigue por no pagar la cuenta. Se toman de la mano y cruzan la urbe mirando desde las alturas. Un policía rechoncho les hace el alto desde un andamio improvisado. Los detienen. Son arrestados. En su celda cruzan miradas, uno de ellos coquetea, se besan y, enamorados, se olvidan de todo. En la oficina de destrucciones masivas del Cielo, el encargado despacha dos nuevos ángeles exterminadores a la Tierra. Tiene la esperanza que alguien, un día, cumpla bien su trabajo.

La tormenta

Se resignó a morir cuando los motores del yate se detuvieron por completo. Ahora no tenía escape. Estaba rodeado de agua en aquella prisión de viento y relámpagos. De un compartimento sacó un gastado libro de Hemingway y se dispuso a leer. Con la primera página esbozó una sonrisa y alzó la vista al cielo. Melancólico, se preguntaba cómo un error de navegación lo había llevado a naufragar en aquel vaso de agua.

Voces de las alturas

Cada vez que un pequeño error de cálculo creaba una discrepancia aritmética, los arquitectos mayas simplemente lo dejaban pasar. No era gran cosa. Después de todo el plan de los dioses era crear esos extraños lugares turísticos para el hombre del futuro. Los verdaderos centros ceremoniales, palacios exquisitos de oro, diamante y cristal nunca serían encontrados.

Un oficinista tiene sueño

...y poco tiempo que perder, es el peor día del mes, cuando los proveedores lo acechan por las ventanas y un diablo disfrazado de administrador le pica el trasero con una especie de tenedor enormísimo —expliquemos que se trata de un tridente muy al estilo de Poseidón— que mucho asusta al pobre oficinista. Cuando bosteza por primera vez, el tiempo se detiene justo como en sus más preciados sueños —los que anhela ahora que tiene sueño— y las cosas empiezan a sonar como si existiera un eco permanente o la voz de Dios estuviera jugando al chiste de asustar a las hormigas que colecciona —inserte aquí teorías creacionistas y alucinaciones varias— en una especie de mundillo redondo y acuoso que posee en su recámara. Esa recámara que el oficinista sueña ahora que tiene tanto sueño y donde ese dios, en todo caso, es el hijo menor de Dios que se ha quedado castigado por no hacer la tarea a tiempo. Con el segundo bostezo todo sigue detenido y el oficinista tiene tiempo de comerse un sándwich, de asomar por la ventana y reírse de cómo se ven las cosas sin movimiento, de cómo se escucha el ruido del día sin sonido, de cómo las cosas deberían ser un poco más sencillas y quitarse de la cabeza esa idea loca de dejar ya de trabajar. Hacen falta años para la pensión y uno —después de todo— está aquí para servir a los contribuyentes —piensa y se ajusta el traje de la corbata y sueña con su quincena de burócrata—. Pero sigue con sueño y sigue bosteza que bosteza y el

mundo, por tanto, se detiene para ya no volverse a mover nunca más.

—¡Y deja de jugar con esos mundos! —grita el papá Dios grande desde alguna extraña nube en las alturas — ésas sí son alturas— que ninguno de nosotros alcanza a comprender.

Pobre fantasma

El fantasma me mira desde la mecedora de mimbre pero yo lo sigo ignorando. No soy el único. La gente que pasa por el callejón lo mira de reojo y hace como que no pasa nada. Siguen caminando y se olvidan pronto de la silueta vestida de negro meciéndose en su silla de mimbre. A veces es triste, lo acepto. A través de las cortinas que dan al patio lo miro aguzar la mirada, como un leopardo preparándose para la caza, cuando algún vecino se dispone a entrar a la callejuela y pasar por debajo de donde el espectro espera que alguien lo mire. Se talla las manos contra los muslos que cubre con un roído pantalón de pana, en su mirada hueca y oscura se avecina una tormenta de odio y resentimiento contra lo que estamos vivos y parece que estuviera a punto de abandonar el viejo mueble, pero nunca lo hace. Algunos niños pequeños no tienen opción y le echan siempre un vistazo. El muerto sonríe por un instante antes de redibujar en su cara las puertas del infierno y alargar las espectrales manos como si quisiera alcanzar a uno de los pobres infantes que lo miran con desasosiego. Creo que ellos sólo pueden ver su figura. Una sombra. Una especie de fantasma vivo que está conminado a pasar la eternidad en un espacio de un metro cuadrado sin la posibilidad de moverse de allí.

Muerte después de la vida

Siempre pensé que antes de morir vería la famosa película de mi vida de la que todos hablan. Pero no fue así. En lo único que pude pensar antes de recibir el balazo fue en que nunca volvería ir al cine y en que mi madre extrañaría verme llegar con comida de lata para el gato. Luego vino aquel pequeño dolor en la parte de atrás de la cabeza, una punzada indefinible y una gama de colores extraordinaria que pude ver con los ojos cerrados. No hubo túnel con luz al final. Ni familiares a la espera para darme un abrazo y recibirme a un fastuoso reino de los cielos. Tampoco velas negras ni música de rock para arrastrarme a algún círculo del infierno. Tan sólo silencio. Un silencio atroz y monótono. Los colores se apagaron y vino la oscuridad y yo todavía con mis pensamientos dando vueltas en la mente. ¿Qué carajos hacer ahora? Siempre temía que así fuera el final. Una noche eterna. Sin regreso. Un instante detenido y alargado hasta el infinito. Sin reencarnación ni karma. Sin vida después de la muerte. Sin un cerillo que encender en el ataúd aterciopelado ni la alegría de convertirse en ceniza y volar por los aires. Silencio. Oscuridad. Hasta que descubrí que los muertos caminamos. Salí de la pared enladrillada de la cocina y atravesé el vestíbulo sin que nada se interpusiera en mi camino. Me detuve al pie de mi cama y vi a mamá, llorando, desolada y sorda, incapaz de escuchar la felicidad de su hijo muerto que había regresado a contarle todo.

La primera noche fue la peor de todas. Con los días todo mejoró cuando acepté mi calidad de ser invisible. De no existir en un plano físico y tener que deambular en esta forma incorpórea por un pueblo lleno de vivos que siguieron su rutina como si nada hubiera pasado. Hubo lágrimas, seguro, pero fueron unas cuantas. A dónde se fue tanto amor. Tantas historias. Con el tiempo he observado que no soy el único en esta condición. He contado al menos siete fantasmas que se pasan los días buscando algo en qué entretenerse. Pero nadie se puede comunicar con nadie. Quiero decir que una vez que se acaba el sentimiento de omnipotencia y la emoción de ser una especie de superhéroe que puede atravesar paredes, la monotonía cae como un aguacero en el reino de las hormigas y apaga para siempre la poca emoción que aún quedaba viva en el pecho. Esto lo saben pocas personas de los muertos: tenemos calor. Al principio temí que fuera un síntoma de alguna especie de enfermedad. Pero creo que resulta imposible enfermarse de algo y por supuesto volverse a morir. Eso lo entiendo. Esperé que se tratara de otra cosa así que quise probar tratando de entrar a la iglesia. Me detuve frente a la enorme entrada de la casa del Señor, contuve el aliento (con el tiempo me he dado cuenta que ya no necesito respirar) y levanté los brazos como si pretendiera aventar con todas mis fuerzas esas enormes murallas de madera. Después de un parpadeo estaba adentro y el calor seguía igual. Incluso sudaba. Pero estuve seguro que algo demoniaco no era el problema. Ni el agua bendita me provocaba espasmos ni los ídolos de cerámica me trataban de atacar. Esa vez tuve la primera revelación de un escape a mi rutina de muerto. Caminé hacia el altar y lo rodeé para encontrarme con la pequeña oficina donde trabaja y descansa el párroco. Allí lo encontré sentado frente a la computadora; con la sotana

alzada más arriba de la cintura, una desnudez grotesca del ombligo a los tobillos (el Padre Juan usa calcetines rojos) y la mano derecha aferrada compulsivamente a un *mouse* parpadeante que le señalaba fotos de niñas en paños menores. Este era un secreto que no quería saber. Sin embargo es algo que todos de alguna manera sospechamos.

Como quisiera poder hablarle al oído a los vivos y que me escucharan. Decirles un par de cosas sucias, hacerles creer que el que les habla es Dios. Ese sacerdote se hubiera llevado un susto. Igual la señora de las tortillas que no se lava las manos o el ayudante municipal que se acuesta con la secretaria, que es la esposa del velador de la escuela. En un pueblo tan pequeño como Gatonegro suceden más cosas de las que habría podido imaginar estando vivo. Lo curioso es que ahora, tan muerto, pocas de las cosas que me intrigaban llegan siquiera a emocionarme y prefiero deambular por casas de gente a la que no conocía para ver de qué tratan sus hábitos.

Total que no es fácil. Sin alguien a quien reclamarle toda esa farsa de la vida después de la muerte. Pero no tiene nada de divertido ser el triste fantasma de un pueblo moribundo. Anoche, por ejemplo, me descubrí sentado en la pequeña biblioteca de la escuela. Nada más triste que ver tan pocos libros y lo peor, no poder hojear ninguno de ellos. Porque en realidad, después de un tiempo, no tiene ningún chiste esto de ser fantasma. Un pobre ser solitario y acalorado sin nadie con quien hablar. De verdad, como quisiera morirme. Pero morirme, y ya.

La luna que tuvimos

Antes de tomar la decisión final recurrimos a todas las soluciones obvias: derretimos el Polo Norte, fundimos Oceanía en un caldero, organizamos el referéndum que convirtió a un chimpancé en Papa, arrojamos tortas de tamal fuera de la atmósfera, pero nada de eso resultó. Entonces vino a nosotros el hechicero. Sabio, milenario, adicto al *Facebook*, quien sugirió una solución muy simple al problema: mover al planeta de lugar. Al ritmo de tambores africanos, la lógica matemática se impuso, el equipo del hechicero, en su mayoría físicos cuánticos y teóricos, definió la creación de una estructura que se le elevara hasta tocar nuestro satélite, una vez allí, una tenaza gigante se asiría a la luna (que como todos sabemos es inamovible) y simulando un péndulo. Nos alejaría un tanto y para siempre de un destino atroz. Los ingenieros construyeron la estructura que se alzó más allá del cielo y la llamaron "Nueva Babel". Hubo fiesta en el planeta, e instantes después, desolación. Un antiguo hechizo desencadenó la explosión de materia oscura alrededor del planeta. Casi todo ser vivo murió —incluidos los dioses, los barrenderos y las brujas—. En lugar de mares quedaron pequeños desiertos de diamante, copiosas selvas de parcas y trozos de sol regados en las aceras, seres extraños que hablaban una nueva lengua y alzaban la vista a la luna como si esperaran una especie de mensaje, un cierto atisbo de salvación.

Fin

Así que la gente se formaba en una fila o subía directamente a las naves con su pase de abordar y ni se adelantaban ni se empujaban puesto que todos entendían que así debía ser no obstante siempre había alguno que corría así que había que estar atento pues luego ocurrían rencillas en plena línea de abordaje de modo que los guardias tenían que intervenir por lo demás todo estaba tranquilo excepto que el mundo se estaba acabando y no obstante la paz reinaba entre los últimos habitantes de la tierra y en el horizonte ya se vislumbraba la ruta hacia el nuevo planeta que habitaríamos siempre que lográramos huir antes de aquella noche de Navidad.

Malleusmaleficarum

*Non c'è sonno dei morti continuamente
essiparlano, prendono la nostravoce.*

Eugenio de Signoribus

Auf einen Stern zugehen, nur dieses.

Martin Heidegger

Después del gran incendio de Roma en 2020, los peritos calcularon que se perdió un 80% del inventario de libros de la Santa Biblioteca del Vaticano. La sección de libros antiguos —la más valiosa— quedó en ruinas, pero pudieron rescatarse manuscritos y colecciones indispensables para el sostenimiento de la fe.¹ Consta en actas oficiales del gobierno italiano el hallazgo de un pergamino escrito por Jesús de Nazaret, datado en carbono por expertos de la Santa Sede alrededor del año 32, el cual había permanecido oculto por revelar las instrucciones dejadas por el nazareno a sus discípulos luego de rezar solo en los campos de Getsemaní.² En el llamado “Evangelio de Getsemaní”, Jesús indicaba con precisión a sus más fieles acompañantes, llevar a cabo una venganza contra su muerte (si ésta ocurría), y para tal efecto dejaba una lista ordenada con nombres, oficios, ubicaciones y descripciones físicas de los involucra-

¹ *Christuslesus “mediator simul et plenitudototiusRevelationis” Compendium.*

² Marcos 14:32

dos en su futura detención, tortura y asesinato, como le fuera revelado por una voz superior. Ámoi, l'histoire d'une de mes folies, dijera Rimbaud.

Muchos estudios se han realizado por expertos en la psique humana, desembocando en la comprensión de esos momentos apoteósicos del Jesús histórico, quien en repetidas ocasiones se refiriera a sus saboteadores como "brujas" durante sus innumrables suplicios ante un público ávido de violencia en las bíblicas provincias romanas. El motivo exacto por el que el evangelio perdido se mantenía oculto resulta a todas luces obvio. Por un lado, tenemos prueba fiel de la plena humanidad del hijo de dios, registro de sus pensamientos, y por otro, la plena confianza que fuimos hechos a imagen y semejanza de un dios sombrío, frágil y vengativo.

Infierno

He bebido un buen trago de veneno. ¡Bendigo tres veces el consejo dado! Las entrañas arden. La violencia del veneno tuerce mis miembros, me deforma, me derriba. Muero de sed, me ahogo, no puedo gritar. ¡Es el infierno, la pena eterna! ¡Miren como el fuego se alza! ¡Ardo como se debe!

¡Va, demonio!

Arthur Rimbaud

El viajero del tiempo

El viajero del tiempo sostiene en sus brazos a la pequeña Ana y no puede parar de llorar. Le duele. En realidad al viajero del tiempo le duelen tantas cosas. Le duelen, por ejemplo, las piernas y los antebrazos; resultado del esfuerzo físico al que debe ser sometido cada vez que la máquina de fotones traspasa la barrera del espacio. Le duelen los ojos cada vez que su destino resulta mal calibrado, y en lugar de llegar de noche se descubre en pleno día en algún desierto por esa maniobra accidental. Le aqueja una artritis crónica que, le han explicado, es consecuencia normal de los viajes en el tiempo. El manual de usuario de la máquina del tiempo VERNE XE7-1 da pocos detalles acerca de la descalcificación provocada en el usuario por la interfaz. Se explica, a grandes rasgos, que el armatoste genera un agujero de gusano en el espacio-tiempo a través del cual se desplaza, creando el llamado efecto de dilatación explicado por Lorentz, desintegrando en menos de un nanosegundo la masa del viajero y recomponiendo sus células un brevísimo instante después, cosa que es invisible a la vista. El viajero no puede evitar pensar en la película de la mosca y en la cantidad de bichos extraños que podrían colarse a la cámara hidrostática que, aunque completamente sellada, podría ser violada por algún diminuto ácaro y el proyecto Wells terminaría siendo el pionero en el viaje tempo espacial del primer hombre-ácaro de la historia.

El viajero del tiempo trabajaba como técnico de informática en una preparatoria al norte de la ciudad. En esa época, le dolían de vez en cuando los dedos de las manos de tantos reportes que tenía que capturar al ordenador. Le dolían, seguido, los ojos. Ese ardor tan particular que lo obligaba a orillarse cuando manejaba y la cortina de lágrimas era tan grande que ya no podía ver nada. Así que soñaba con volar y no preocuparse del tráfico, de los peatones suicidas, de los policías mordelones y de romperse toda la madre en uno de esos ataques de ceguera causados por el cansancio y dolor de retina. El técnico de informática acudió a un llamado para enrolarse en una nueva agencia espacial recién creada por el gobierno. Pensó que sería como la NASA pero con puestos de chilaquiles y gorditas en la entrada. También le vino a la mente el recuerdo de un cuento de Arreola y del experimento de un tal Niklaus de hacer pasar a un camello por el ojo de una aguja. ¿Cómo se vería esta pequeña ciudad desde una nave en el espacio? El técnico se convirtió en viajero del tiempo casi por casualidad. De los 127 aspirantes al puesto, entre los que destacaban: calificados soldados, policías, marinos, doctores, escritores despistados, maestros, científicos, jipis, políticos de poca monta, muchachos recién llegados a los dieciocho, un par de sicarios, tres albañiles y un mimo que en verdad era mudo; el técnico de informática fue el único que pudo entender fácilmente la complejidad del funcionamiento de la máquina y, por tanto, se le dio la primera oportunidad. Entre empujones y arrebatos histriónicos de parte de un profesor de historia antigua que decía ser el mejor calificado para el puesto, el técnico fue llevado a los interiores de la agencia para hacerle las pruebas físicas correspondientes. Al cabo de dos meses estuvo todo listo para la primera prueba, la cual fue todo un éxito. El viajero del tiempo regresó del

histórico viaje con una foto en alta definición del momento exacto de la crucifixión de Jesús de Nazareth. Desde entonces, al viajante le dolía la cabeza. El desplazamiento en el tiempo, además del viaje a través del espacio, resultó ser de lo más agotador pero también de lo más extraordinario que pudiera haberle ocurrido.

Después de incesantes pruebas y demostraciones a las altas esferas del gobierno, el programa de la agencia destinó recursos para que el viajero recopilara pruebas de diversas etapas de la humanidad. Instituciones privadas de todo el mundo se unieron al proyecto y exigían que se atendieran sus peticiones a tiempo, lo que provocó una carga excesiva en el uso de la máquina y, aunque la agencia se esforzaba en hacer prueba a los demás reclutas para certificarlos como viajeros del tiempo, eran pocos los que resistían a las primeras rutinas de aislamiento y resistencia, por lo que la carga seguía siendo para uno solo y éste, cada vez, aquejaba mayores dolores de cabeza y extremidades, ante las cuales la medicina ya poco podía hacer. Al piloto de la VERNE XE7-1 le dolía también el pecho y sufría de una depresión aguda. El prototipo de la máquina del tiempo (en cuyo costado se cubrió con pintura blanca la palabra PROTOTIPO) tenía una interfaz mecánica (operación de motores y matriz temporal), una digital (telemetría, optometría y radares) y una neuronal que, conectada a través de un cable a la corteza inferior del cerebro a través del casco del piloto, permitía la operación de algoritmos que el aparato necesitaba para funcionar y programar los desplazamientos de espacio y temporales. Un detalle no previsto por los diseñadores y programadores fue que esa interacción con la mente del piloto pudiera tener consecuencias como viajes imprevistos al azar, ordenados y calculados por la mente inconsciente del viajero del tiempo. Así que el viajero pasó sus últimos

años de vida entre viajes oficiales y grandes avistamientos como el misterio de la Atlántida, la construcción de la gran Pirámide, el origen de la isla de Pascua, el asesinato de JFK, el monitoreo (por razones de estudio) de una serie de conflictos electorales en diversos países latinoamericanos e impensados viajes a los momentos más tristes de su existencia ordenados al azar por la interfaz neuronal de la máquina.

Al viajero le dolía cada centímetro del cuerpo. Pero lo que más le dolía eran los viajes inesperados para revivir una y otra vez la muerte de sus seres queridos. La pérdida de algún amigo. El abandono de algún amor del pasado (y el futuro). Volver a pedirle perdón a su madre. Destrozado de ver a detalle el accidente de su padre. Y sobre todo, transportarse al día de Navidad en que su pequeña minina Ana fuera atropellada por un viejo Volkswagen amarillo. Tenerla en sus brazos y escucharla perder el aliento. Abrazar con ternura el cuerpecito destrozado. Verla a los ojos mientras se le apaga la vida, y contarle de su más reciente viaje en el tiempo y de las maravillas que ha visto y cómo ahora no significan nada, de la restricción absurda de no poder cambiar ningún hecho del pasado so pena de destruir el futuro, de los dolores que tiene que ya no le importan. Ninguno como éste, le dice, ninguno como el dolor de extrañarte a ti.

Elixir

Una vez tuve en las manos el elixir de la vida eterna. Nunca he sido más triste después de aquel día. La verdad es que a últimas fechas todo el asunto de la muerte se ha vuelto una cuestión a considerar. Quiero decir que estoy viejo y enfermo. Pero las cosas no siempre pintan tan terribles.

Ayer, por ejemplo, descubrí a una pareja de jóvenes perdida en el bosque. Me ha costado un poco de trabajo la transformación en lobo pero lo logré. Los perseguí por las cañadas que rodean el castillo y les di alcance en la orilla norte del río. No sabían nada mal. En mi condición animal puedo devorar carne por horas. El problema es que en mi forma humana cada vez es más frecuente la indigestión. Los médicos se sorprenden mucho de mis constantes dolores de estómago, y han llegado a sospechar que sufro algún tipo de desorden alimenticio (debo confesar que vomito muy seguido delante de quien sea). Algunos bromistas me han empezado a llamar el "Príncipe Vómito". Los he escuchado cuando divago invisible por los pasillos. Estúpidos. La sonrisa de la cara se les borra cuando los visito por las noches, convertido en un murciélago de dos metros de alto.

La nostalgia de estos días terminará pronto, con la luna creciente. Mi piel volverá a desprenderse y transformado en serpiente renaceré de entre mis propias miserias. Seré joven otra vez. Siento el latir de la nueva sangre en mis venas. Sucederá pronto. Así que planeo anunciar mi muerte y la aparición de un desconocido heredero al trono. Yo mismo

seré mi hijo perdido. Estos son días tristes. No quiero morir. Me lo digo al espejo. Luego sonrío. Y es que una vez tuve un elixir para la vida eterna en las manos. Y no he sido el mismo desde que lo bebí.

Una noche más

Ella se abrazó a mí con todas sus fuerzas y luego mordió mi cuello. Un año antes habíamos hecho el amor por primera vez. A escondidas del mundo, por supuesto. Sin duda que al estúpido de su marido no le habría hecho ninguna gracia el asunto. Fue en un motel cerca del libramiento, rumbo al sur. Ahí, por fin, pude dejar las fantasías a un lado y besar cada centímetro de su cuerpo, sentir a una diosa llover sobre mí y seguir con mi lengua el dulce camino a la felicidad. Aquella vez probé el néctar que sólo la poesía supo dibujar en mi imaginación. De todas las cosas en el mundo, una tarde a su lado brilló para darle un sentido a mi vida. Los enamorados son un maldito lugar común. Para estar juntos esa vez tuvieron que ocurrir algunas desgracias. Por ejemplo, ella no pudo ir por su pequeño a la escuela. Yo no pude llegar temprano a casa y el mundo tuvo que sumergirse en el apocalipsis. Me refiero a que justo ese día ocurrió el accidente. Nosotros, enredados en un colchón lastimero y en sábanas baratas que raspaban las rodillas, no supimos de nada hasta algunas horas después. Aquel paraíso aislado del mundo estaba en silencio. En ese cuarto acorazado no escuchamos nada del terror que les ocurría a los empleados del motel. A nuestras familias. A nuestras parejas. A nuestras vidas que de pronto estaban atadas por algo más que lujuria y pasión contenida. Después de todo, queríamos estar juntos. Jugábamos al juego de las mentiras y del coqueteo, al baile cachondo de engañar al pobre

diablo que la tomaba de la mano y a la desgracia de llevar una vida triste al lado de alguien a quien nunca supe amar.

Cuando salimos de allí, purificados en besos y en jabón chiquito, temíamos con toda el alma volver a nuestra rutina y tener que enfrentar los pecados a través de un falso espejo de felicidad. La vida es un maldito juego de ruleta rusa. Lo que nos esperaba era un mundo desolado y una horda de muertos vivientes con hambre de carne humana. Aquí caben algunas aclaraciones: la imagen que reflejan las películas de un evento así es una absurda caricatura; nadie, nadie en este universo o algún otro está preparado para enfrentar un holocausto como este; los zombis —si así es que podemos llamarle a esas cosas— son más que una horda de monigotes torpes y descerebrados. Estos puntos explotaron en nuestras cabezas durante las primeras horas que tuvimos que escapar de ellos. A través de casas, jardines y calles vacías, corrimos al borde de un colapso nervioso y de un inminente infarto al miocardio. El corazón es un maldito comediante con el que nadie suele reír. La deshidratación, el miedo, la zozobra y los nervios son lo de menos comparados con el cansancio. El cuerpo sabe que en situaciones así debe inundarte de adrenalina hasta que tu niño interno se ahogue allí adentro. Y correr. Correr por tu vida y escuchar el crujir de los huesos de tus piernas, soportar la hinchazón en los tobillos, la sequedad en la garganta y el ardor en los ojos por el polvo de otros animales —humanos torpes como tú— que huyen en manadas o se aventuran solos a través de un páramo lleno de concreto y metal (y muertos vivientes).

Por la noche vinieron las lágrimas. Ella dijo llorar por su hijo y yo pensé —en un estúpido paréntesis de celos— que quizás pensaba en su marido. La verdad que hasta entonces pensé también en mi mujer. ¿Me habría esperado esa noche o se habría ido a dormir? Tal vez estaría, como yo,

huyendo de esos bastardos que quieren matarnos. Pensé en eso un momento más y luego decidí olvidar. A mi lado estaba el amor. Nadie más con quien quisiera estar en este trance y sobrevivir una noche más. Ahora, 365 días después, amanecemos agazapados en una mina de carbón abandonada. Observo a mi compañera respirar con dificultad y mirarme con los ojos inyectados en sangre. Lloro, pero creo que ya no sabe lo que eso significa. Uno de ellos la mordió ayer. Aquí, escondido del mundo, pienso que no quedan muchas personas vivas en este planeta. Tal vez sí, no lo sé. Aunque tampoco es que me importe demasiado. La vida es una maldita montaña rusa y Dios un simple bufón en un teatro vacío. Sólo un poema podría dibujar este instante. Una diosa se abalanza sobre mí y ciñe con fuerzas mi cuerpo. Se aferra a mi cuello. Pienso que del cielo lloverán lunas sobre mí y me dejo llevar. Me muerde. La sangre que escurre entibia nuestros pechos. El infierno con ella es el cielo prohibido que siempre soñé conocer.

Larga distancia

Johnny Cash me ha llamado y dice que lo hace desde el infierno. Las tarifas no están nada mal, viejo —me dice—. Lo escucho afinar la guitarra al ritmo de un blues mientras me cuenta las broncas que se traen allá abajo. Entre tanto parloteo no he tenido tiempo de explicarle al buen Johnny que eso de llamarme así, de pronto, sin aviso, está mal. Quiero decir que uno no espera que un día cualquiera le telefonee una estrella de rock desde quién sabe qué círculo del averno. Supongo que las tarifas para eso deben ser bastante elevadas. Las compañías de teléfono son un asco. En casos como éste creo que son peores. Se lo toman muy a pecho.

El señor Cash ha llamado en un mal momento, pero no sé cómo hacer para cortarlo. Ya le quise explicar que tenía algo de prisa, pero me pareció un tanto grosero colgarle así nada más. Insiste en platicarme asuntos extraños con un tal Elvis y un par de monjas que han caído allí por casualidad. Eso de idolatrar cosas extrañas no está muy bien visto por la iglesia, supongo. Así que espero con toda la paciencia del mundo mientras se queja de los últimos castigos que les ha impuesto el diablo. El demonio es un tipo buena onda —platica— pero en estos días le ha dado por volverse melancólico y acordarse de castigos medievales. Le digo a Johnny que las épocas oscuras nunca traen cosas buenas. Se carcajea. En el fondo sabe que ha hecho mal en llamarme. Soy un sujeto normal. Sin conexiones en los ámbitos infer-

nales ni afiliaciones a ningún tipo de secta satánica. Nunca ha sido mi estilo.

Mientras el músico parlotea descongelo una pizza y busco entre el tiradero un par de sobres de salsa cátsup. Johnny recuerda cuánto extraña la comida congelada. Echa de menos los conciertos en vivo. Las giras y las muchachas con los senos de fuera remolineándose contra el autobús. En el abismo prohíben todo tipo de salidas. Le cuento que yo tampoco he salido mucho en estos días. Hace demasiado calor. Caminas por la calle y los zapatos se derriten en el asfalto. Podrías freírte un huevo si caes al suelo. Bromeo con Johnny. Los dos nos azotamos a carcajadas. Luego se pone serio y me pregunta qué ha sido de Ana. Se ha vuelto muy fría. Le respondo. Las cosas entre nosotros ya no funcionaron y un día tuve que terminar la relación. No fue fácil. Tú sabes. Casi ocho años juntos. Le cuento que la casa cada día huele peor, pero no tengo intenciones de dejarla. Es normal —dice Cash—, aquí hay lugares enteros así, te pasas el día limpiando hasta que viene el jefe y de una bofetada que pareciera eterna te lleva a un lugar siempre peor. Los problemas con el infierno son los constantes cambios de administración. Tú sabes. A veces estás abajo y hoy, por ejemplo yo, estoy arriba. He decidido darles un poco de buena música a los inquilinos. Supongo que serás el mejor Johnny. Siempre lo fuiste, —le digo mientras apago el microondas y enciendo el televisor.

¡Hasta pronto entonces! —dice Johnny Cash y cuelga. Percibo un dejo de tristeza en su manera de despedirse. Creo que sabe que ha hecho mal en telefonarme en esta época de crisis. Debe saber algo que yo no sé, supongo. Los viejos rockeros siempre saben algo que nadie más llega a sospechar.

Cuestión de fe

Es que me dijeron que aquí merito estaba la puerta al infierno. Le digo. Apenas la semana pasada que llegué del pueblo con todo y los tiliches para entrar por aquí y nada, que está cerrada y no le veo forma de que se abra la canija. No, no, yo entiendo perfecto eso de que ni parece que allí en la pared del monte estuviera alguna entrada al averno y todo, no hay marcas ni señales; además de que la falda del cerro es tan alta que más se me figura una escalerota al cielo, interminable. Pero total que no he venido desde allá para quedarme aquí sentado sin nada que hacer.

Desde el otro día mi mujer me dijo que escuchara bien las noticias porque a veces estas cosas pasan. Que si ya quitaron la puerta del infierno; que si el Padre de Gatonegro se llevó las limosnas a quemarse en el fuego eterno, cabrón; que si por Gatopardo ya no pasa agua y que los dos pueblos se van a perder en el limbo del olvido; caray, esos asuntos yo no los entiendo y lo único que quería era esperar a que se abriera la condenada entrada para ver si de casualidad se sale el viejo otra vez. Es que no le he contado amigo, pero el viejo vino de visita al pueblo hace menos de dos meses. Él mismo fue quien nos platicó de la puerta roja que se abre cada siete días en las enaguas del Cerro del Zopilote, y que por allí se salen las almas que ya no aguantan el calor y se escapan a darse una vuelta por donde todavía les quedan seres queridos. Le digo que desde la otra noche mi mujer me advirtió que hay cosas que no se adivinan y por

eso me traje las chivas y todo lo de la casa para ver si me aceptan algo. Es que no le he dicho pero me gusta jugar a la baraja, amigo; y entre el viejo y otro fulano con cuernos me despelucaron y perdí hasta los zapatos. De aquí merito es que salieron, y por eso los he de esperar.

Ya le digo, de aquí no me regreso sin que me abran, me den la revancha, o me regresen el alma que me quitaron a la mala. Porque eso de andar sin alma es cosa muy fea le digo. Si fuera la mía como sea, pero mi mujer ni se ha enterado que perdí la suya. Y es que desde el día que llegaron a la casa la pobre me dijo que me fijara bien en lo que apuesto. No confíes en viejos con cuernos, me advirtió. Pero la verdad es que después de la primera mano cuando gané mi alma de regreso, la apuesta parecía segura. Cómo iba a saber que me la iban a ganar.

Hasta que la muerte los separe

Lo miró llegar desnudo en noches de luna llena, pero de lo primero que sospechó fue del mal humor de su marido. Y es que antes las cosas marchaban como suelen marchar para una pareja de novios. Caricias y celos según la ocasión. Pasiones desenfrenadas a escondidas de sus padres. Rasguños.

Luego, con la boda, todo empezó a cambiar. Elogios en la cocina hasta que él empezó a exigirle cosas crudas para comer. Bromeaba diciendo que eran sacrificios. Lo sorprendió escondido en el baño un par de veces, las manos rojas sumergidas en agua. Ella, como dictan las buenas costumbres, simplemente pensó lo peor.

El calor en casa era un infierno. Las misas negras y las marcas extrañas que le salieron en los brazos. Un par de cuernos en la frente de su amado confirmaron sus temores. Luego los gritos y así hasta el primer golpe. Maleta y niño en brazos a casa de mamá. Lo perdonó tantas veces como suelen perdonarse los que dicen que se aman. Podrá haberse casado con un demonio. Pero divorcio ni pensarlo. ¿Qué diría la buena sociedad?

Nota encontrada en un refrigerador

Mamita: ojalá que leas esto. He subido con toda la familia a la última nave que partía hoy. Por desgracia papá no lo logró. Uno de los soldados lo ha matado por error. Los demás estamos bien. Salvo tía Tolia que cayó por un ducto de energía y se evaporó. La extrañaremos. Mis hermanas están tristes. Ana perdió un brazo y Lorena se ha quedado ciega. Pero salvamos al gato. El Señor Bigotes te manda saludos. Te extrañamos a bordo. Los primos dijeron que te querían mucho antes de que fueran ejecutados en la entrada. Al parecer estaban infectados por un tipo de virus. No queremos eso a donde vamos. Nos han dicho que será un nuevo comienzo y que la humanidad por fin estará en paz. Libres de guerras y enfermedades. Pero ha habido disturbios en la nave antes de partir. Las alarmas están al máximo y creo que han enviado más refuerzos para cubrir las entradas del Arca.

No pudimos salvar la casa. Espero encuentres refugio en alguna parte de la ciudad, pero ten cuidado con las explosiones. Trajimos las cenizas de abuelita. El tío Luis sobrevive sin ambas piernas. Dice que echará de menos correr. Ojalá leas esto. Te queremos mucho y te extrañaremos, mamita, aunque seas uno de esos zombis que hemos dejado atrás.

Te quiere, Luisito.

P.D. Tenemos varios días sin comer. No ha regresado la luz. Estamos atrapados en el nivel cinco. Parece que nadie ven-

drá a rescatarnos. Hay rumores de que la nave está a la deriva. Otros creemos que regresará a la Tierra. Tal vez nos volvamos a encontrar.

Cuento de vampiros

—Ahora bien, entiende —dijo Juan—. Debemos deshacernos del cadáver de alguna manera.

Sin embargo, Pedro insistió:

—No creo que quemarlo sea la mejor opción.

—¿Y por qué no? —insistió Juan—. No es más que un insignificante vampiro de menos de 15 años, ahora muerto con la pinche estaca en plena frente.

—Pues sí —sonrió Pedro, nervioso—, pero en cuanto lo matamos, los colmillos y las garras desaparecieron. Ahora, ¿quién chingados nos va a creer?

Está muy de moda

Lo primero que pensé al notar la ausencia de mi imagen en el espejo fue que me había convertido en un vampiro. Pero claro, eso significaría que durante la noche hubiera sufrido algún tipo de ataque y en mi cuello no hay herida alguna. Recordé que en algunas películas modernas consideran al vampirismo como una mera enfermedad, sin magia alguna en el virus que la transmite. Eso podría ser. Ayer me corté al afeitarme y esas navajas son el ámbito perfecto para que se desarrollen todo tipo de bacterias. Aunque no podría haber restos de murciélago en el lavabo que pudieran contagiarme de tal afección. Tampoco es que me haya sentido del todo bien desde hace unos días. Algo de mareos en la mañana, en la oficina. Pero he salido con regularidad por alimentos y las cosas han mejorado.

Claro que extraño mi reflejo, pero debe ser algo normal. En estos días es algo muy cliché convertirse en uno de esos espectros con alas. Un ser quimérico un tanto *hipster* a quien le guste la moda y la música que ponen en los antros. Nada de Nosferatu moviéndose en cámara lenta mientras intenta morder a la heroína. En todo caso yo sería un cabrón. Tan veloz como un súper héroe y siempre joven como un galán del *Hollywood* de los cincuentas. Pero todo eso, por supuesto, es absurdo. La vida no es ningún cuento de hadas. Mucho menos uno de terror.

En la tarde me encontré una revista que hablaba de los seres de la noche. Parece ser que está muy de moda eso

de transformarse en chupasangre y pelearse con hombres lobo. Muero de sed. Estos son días calurosos. No soporto más el calor, igual que la demás gente en la ciudad. Se antoja volar a la playa. Un par de cervezas con los pies metidos en la arena. ¡Ah sí! El paraíso. Mejor dejo de pensar en esas cosas. Así que hoy saldré a sufrir en el sol y a probar de una vez por todas que no soy uno de esos desgraciados monstruos que gozan de la vida eterna. Soy una persona común y corriente, con una capa negra forrada en tonos rojos, una carroza para viajar de noche y un par de colmillos que a veces estorban para disfrutar la cena, mientras veo la televisión adentro de un ataúd, en esta casa llena de espejos rotos.

El cazador

Uno de los monstruos que atrapé ayer quiso escaparse por la ventana. Quizá fue mi error no ajustar las ataduras, y cuando regresé de la tienda vi su gran cabeza asomar hacia la calle. Tuve que apresurarme y asestar el golpe justo ahí. Por fortuna llevaba el machete conmigo. Mi herramienta de combate. La misma que me regaló mi padre aquella vez en el monte cuando me enseñó a cazar y a atrapar este tipo de bichos. El Houdini de hoy no ha sido el primero en tratar de huir. Su cabeza de lobo voló por los aires. Creo que necesito una siesta.

En los últimos meses he perdido un poco la concentración. No sé. Quizá me he sentido acosado, perseguido, cansado. Pienso que necesito un buen descanso. Pero igual he tomado algunas precauciones, he empezado a utilizar menos el departamento en la ciudad y he mudado la mayoría de las operaciones a la casa del campo. Esto ha sido muy conveniente. Hace unas pocas noches tuve que perseguir a un *troll* de casi tres metros de altura entre los ranchos y granjas abandonadas que hay en estos montes. Lo atrapé a la orilla de la carretera federal y lo traje a rastras al cobertizo. Me divertí un poco con el viejo gigante. Desempolvé el hacha y algunos utensilios un tanto oxidados. Disfruté mándolo como hace mucho no disfrutaba librar al mundo de uno de estas pesadillas.

A veces tengo sueños terribles que no me dejan descansar como es debido. Veo las caras deformes de los se-

res que he atrapado. Recuerdo cada instante de la cacería y evoco los detalles más divertidos. Ríe sin querer y luego lloro. Me invade una tristeza de lo más extraño. He tenido ligeros dolores en el pecho que temo vienen con la edad. Ya no soy un joven. Pero a diferencia de mi padre y mi abuelo, yo no tengo a nadie a quien pasarle la estafeta. No me gustaría que nadie continuara mi labor. Eso me deprime un poco. Así que procuro alargar esos momentos en los que destazo con lentitud las garras, las fauces y los cuerpos deformes de todos esos seres de la oscuridad a los que logro echarles mano. Procuro disfrutar. La verdad es que es imposible negarlo.

Una vez encontré a dos vampiros jóvenes fornicando en un automóvil aparcado en un mirador. Tuve que tomar muchas precauciones y ser prudente a la hora de acercarme. Son muy poderosos. Vaya suerte. Notaron mi presencia demasiado tarde y con velocidad corté la garganta del macho antes que pudiera defenderse. La hembra me atacó con sus garras y sufrí heridas considerables en la cara. Pero logré someterla y traerla hasta aquí. La he atado a un poste para quemarla viva. La criatura me ha hipnotizado por un momento y pude verme saciando mis instintos sexuales con su cuerpo bestial. Ahora la veré arder y gritar, pero nadie vendrá en su ayuda. Debe morir para regresar a su forma humana y que su alma descanse en paz.

Mañana iré de regreso a la ciudad. Debo arreglar algunos asuntos y presentar una buena excusa en la oficina por mi ausencia. Quizá esta vez no me acepten de regreso. Los entendería. También debo recoger algo de ropa y ver ese asunto de la renta del departamento. Necesito una buena ducha. Quizá encontrar otro lugar para vivir y cuidarme de los locos que buscan a alguien parecido a mí en los anuncios de la tele. "Asesino serial suelto en la ciudad". "El ma-

niático del machete”. “Violador ataca otra vez”. La gente se inventa cada cosa. Si supieran las cosas que he visto. De las pesadillas que se esconden en el clóset. De los monstruos innombrables con los que tengo que lidiar algunas noches.

H. D.

El primer cohete desarrollado por la agencia espacial mexicana partió con éxito al espacio. Entre lágrimas y una extrema melancolía, se recibieron las primeras imágenes que transmitió el satélite al que bautizaron con orgullo como "Quetzalcóatl". Armado de un potente brazo mecánico, capaz de desplegar una cámara especial desarrollada en conjunto con la NASA para captar imágenes en alta definición, el pequeño armatoste transmitió los últimos minutos de la existencia de un planeta moribundo. La calidad del video alcanzaría la cúspide de la tecnología humana, logrando imágenes de la explosión del núcleo y la posterior debacle de la corteza de la Tierra con una increíble precisión y belleza digital, que se perdería en una transmisión infinita a través del vacío del universo.

La puerta del sótano

De un tiempo para acá, cada noche algo golpeaba detrás de la puerta del sótano de la casa principal. Tenía semanas sin dormir, aquel ruido me aterraba y se alargaba hasta las seis de la madrugada, siempre en punto; ¿Qué podría ser? Anoche al fin me armé de valor y quise averiguar qué lo causaba. Bajé presuroso las escaleras y me detuve frente al escalón que presagia esa puerta, ese sótano, donde tanto jugué de niño con las herramientas de mi padre. Esperé sigiloso aquel ruido, aquel llamado que me ha regalado tantas noches en vela. De pronto ahí estaba, fuerte y sonoro; y yo parado frente a ese portal de madera, de pintura desgastada y olor a humedad. El ruido fuerte, alucinante, alguien detrás de la puerta esperando a que le venga a abrir. ¿Pero quién? El sonido insistente machacando mis oídos y el corazón latiendo a mil por hora, me atreví, estiré la mano y tomé la cerradura fuerte, girándola para intentar abrirla, nada. Cerrada, oxidada. Miré atrás y la oscuridad absorbía la habitación. Todos aquellos objetos, herramientas, chunches, basura guardada en el sótano, almacenada, olvidada. Y el ruido en la puerta, alguien tocando, alguien queriendo abrir la cerradura, alguien que pareciera tener el mismo miedo que yo.

Sueño de fuga

Confieso que he vuelto a mirar por la ventana prohibida que está al fondo de la habitación. Me han puesto las cadenas un poco más apretadas que la última vez, y sigo sin entender nada. Alguien desliza comida por debajo de la puerta, se aleja golpeando las paredes con algún objeto metálico y azota lo que parece ser una gorra sobre algún escritorio al fondo del corredor. Me muevo despacio por mi celda improvisada y titubeo cuando siento unas manos que me sujetan la bastilla del pantalón; son los otros, callados, inertes, muertos de hambre, igual que yo.

Los ojos me arden, tengo un infierno por mirada. Esto es un purgatorio. Hay algo que me obliga a dejar caer los alimentos al suelo, ellos los necesitan más que yo. Camino hacia al fondo y siento la pesadez del encierro. En la mesa café junto a la pared, está todo el silencio de los hombres, papeles con firmas de sangre. Huele al fin del mundo, dulce, tan dulce que casi obliga a no preocuparse por nada, creo que así debe sentirse el paraíso, en estas paredes suaves, aterciopeladas, con dibujos infantiles en tonos pastel y con la cuna aún empacada en uno de los rincones. Hay un avión de juguete girando alrededor de nosotros, parece que vigila, tiene ojos en las alas. Y en mi paranoia siento que otra vez nos están escuchando, creo que alguien ha descubierto nuestro plan, otra vez. Veo sombras que se mueven en el pasillo, otra vez. Es hora de contar los metros que hay al mar desde la ventana prohibida al fondo de la habitación, otra vez.

Zombis estrellas de rock

Antes que otra cosa son artistas. Su condición de muertos vivientes poco afecta su autoestima y su manera de conducirse en sociedad. Suelen verse rodeados de un séquito de fans no menos putrefacto que ellos. Atienden a fiestas y eventos relacionados con la moda y el arte. Acostumbran beber cualquier cosa, ya que han perdido el gusto y algunos poco logran entender de lo que sucede a su alrededor. Se mueven por hábito y deambulan a cualquier hora por las calles de las grandes ciudades. En algunos lugares es considerado de buena suerte ser atacado y mordido por uno de ellos. Los que usan guitarra son especialmente peligrosos.

Parcas

Las calaveras que conocemos comúnmente como “Parcas” no son otra cosa que ángeles de la muerte que perdieron su trabajo. Encargadas en algún momento de la sana labor de quitar vida, estas criaturas renegaron de su empleo y fueron retiradas de servicio. Actualmente ocupan funciones determinantes en sociedades como la nuestra donde —casi siempre— son respetadas. Se les encuentra en consultorios, museos, rings de lucha libre, pasarelas, exposiciones o posando para postales del día de muertos; las más versátiles utilizan trajes de neopreno o plástico y son contratadas como maniqués. Temiendo lo peor, las procuradurías judiciales del país llevan a cabo investigaciones sobre Parcas ligadas al crimen organizado.

El abuelo

El día que todos los muertos se levantaron, el abuelo también regresó a la casa. Habían pasado seis meses desde que el cáncer lo venciera, y ahora estaba allí, frente a la puerta, con cara de confundido y preguntándose por qué carajos nadie atendía a su llamado. En casa teníamos ya un rato pegados a las noticias del televisor, y habíamos cerrado todas las entradas y salidas para protegernos de la invasión de gente extraña que a ratos rodeaba la casa, y luego de un rato se aburrían y se largaban a molestar a alguna otra familia del barrio. En la tele pidieron no hacer contacto con ninguno de los difuntos si es que estábamos en posibilidad de hacer contacto, pero una cosa es un putrefacto cadáver que quiere comerte el cerebro, y otra muy distinta el abuelo, con su uniforme de veterano condecorado y todo haciendo sonar el timbre con una mueca de impaciencia en el rostro.

Y es que el abuelo no se veía tan mal. Estiraba el brazo y sonreía un poco como quien no sabe que alguien lo observa, a un escaso metro detrás de la puerta debo decirles que no olía tan feo como uno podría suponer. Sus ropas, algo roídas, podían pasar perfectamente por unos leves arreglos y listo, el abuelo podía engalanar la sala y acompañarnos a contemplar el apocalipsis zombi en las noticias de las nueve. No fue nada fácil tomar la decisión de no dejar entrar al anciano. Sobre todo después de morder el brazo de mi hermana y atacar de aquella manera tan salvaje a Jordi, el pobre perro de la familia. Después de un rato mi hermana

comenzó a portarse rara y también tuvimos que dejarla salir a hacerle compañía al abuelo, que ya no la molestó. En la noche todo se puso muy triste. El abuelo cantando, el perro medio muerto aullando de dolor y mi hermana tocando la puerta trasera pidiéndome permiso para meterse a su cuarto y yo, con la música sonando a todo volumen, comencé a pensar que lo mejor en estas situaciones es, después de todo, ser uno de esos héroes que salen en películas y que no tienen familia, ni amigos, ni nada, y siempre tienen armas a su disposición. Hay que decir que en vivo las cosas son mucho más complicadas. Los muertos, de verdad, se descomponen de forma bastante fea. Y contrario a lo que se mira en esas películas de George A. Romero, huelen bastante —pero bastante— mal. Después de un rato las calles comienzan a oler a mierda y la ciudad realmente parece una antesala del infierno.

El abuelo se marchó esta mañana con un grupo de amigos que pasaron por él y lo invitaron a pasear. Mi madre, tan linda, arrojó unos pedazos de carne para mi hermana que está sentada en el columpio y no deja de ver hacia dentro de la casa. Jordi se ha quedado en silencio. Papá sigue encerrado en el sótano y cada vez está más desesperado por salir. Ya no hay señal en la televisión. Pero vaya, ya ni siquiera hay electricidad. Este *ipod* marca que tiene poca pila y a mí esta tarde se me antoja salir a dar una vuelta. Empiezo a sentir hambre. Cada vez me arde más el mordisco que me dio papá antes de que lo arrojáramos al sótano. Ya me imagino como el abuelo buscando alguna puerta donde alguien responda. Debe ser triste. Eso de volver a casa, digo, estar muerto, y que ya por eso nadie siquiera te salga a saludar.

Soñar

Soñó que moría ahogado en la mitad del desierto. En alguna parte del desierto de Sonora. Soñó que lo encontraban metido en su tina de baño y todo mundo se preguntaba qué demonios hacía allí. Soñó que se lanzaba al vacío con un paracaídas defectuoso y que moría de la caída antes que del impacto. Soñó que moría en la guerra. Una especie de guerra religiosa donde él defendía a capa y espada la libertad de creer en las computadoras como nuestros nuevos dioses. Soñó que un gato gigante lo devoraba. Soñó que detrás de los cerros se escondían bases secretas del gobierno que escondían el cadáver putrefacto de Jesús. Soñó que el Papa era un duende disfrazado de Cardenal con la misión secreta de destruir al mundo. Soñó que volaba y que un estúpido cazador lo confundía con una enorme ave. Soñó que lo mataba una amante y su cuerpo era descubierto por una triste mucama de hotel. Soñó que moría haciéndole el amor a una coladera. La gente de la ciudad horrorizada de verlo tendido en el suelo, desnudo, con el pene todavía erecto metido en el hoyo de una banqueta sin terminar. Soñó que al morir nadie le abría la puerta de los cielos. Soñó que llegaba al séptimo círculo del infierno y allí se encontraba a sus mejores amigos, que bailaban al ritmo de un buen rock. Soñó que despertaba y que las cosas iban mejor. Soñó que su bloqueo de escritor terminaba. Soñó que tenía frío en la espalda y que un flaco doctor empujaba su cuerpo en la morgue, su cadáver sin motivo aparente de muerte, con una sonrisa en la cara, con tantas cosas por soñar y soñar y soñar.

Lo que cuesta el amor

Imagina que entras a uno de esos enormes supermercados de inversión extranjera y encuentras en venta a la mujer de tu vida. Antes del día de hoy, pensabas que siquiera poner un pie dentro de dicho lugar te acarraría mil años de mala suerte. Traicionarías tus principios. Te vendría al recuerdo el día que tú y tu antigua novia hicieron guardia para no dejar entrar a las excavadoras para comenzar la construcción. En el manifiesto decían que adentro había muchas obras de arte y que hasta Malcolm Lowry y Cantinflas habían entrado a cagar en ese hotel alguna vez. ¿Cómo podían destruirlo? Así que tú y unos cuantos más hicieron lo posible porque nadie destruyera el edén, sin embargo, fracasaron. Y ahora estás allí. Con tu credencial de socio en la que sonríes como un idiota. Con tus pantalones kaki y las chanclas de domingo que combinan con tu camisa de lana. El activismo quedó atrás. Lo mismo aquella muchacha jipi que te volvía loco con esas largas faldas y que nunca usaba sostén.

Pero ahora estás aquí, y entre tanto artículo de mayoreo encuentras cosas que te vuelven loco. Por ejemplo, un libro de pasta dura que cuesta más barato que en una librería de viejo. Ropa deportiva de lo más actual. Café colombiano al mejor precio y un paquete de donitas de chocolate que bien podría servir para llevarte volando al paraíso. Ahora, además, en el pasillo siete te has encontrado a la mujer de tu vida. Y el precio es de lo más razonable. Ella te mira con esa mirada que sólo puede significar que daría cualquier

cosa por largarse contigo a casa. Dejar de estar en oferta. Ya no quedarse allí todo el día, donde la verdad es que la tienen bastante cómoda con un sillón que también está en oferta, bebidas suficientes y hasta un masaje automático para los pies. Pero ella te observa con melancolía y seguro que piensa que este es el mejor día de su vida. Además si tomas en cuenta que la tienen en venta por un precio que se ha ido devaluando conforme pasan los días, la pobre está que se la lleva el diablo.

Enseguida revisas en la cartera y verificas que hayas echado la tarjeta de crédito que tienes libre para emergencias. Nunca sabes cuándo te caerá alguna oportunidad o saldrá de improviso alguna fecha de un buen concierto. Buena idea. Ahora servirá haberse amarrado la tripa y tenerla todavía en ceros. El crédito que tienes es el perfecto. Lo que cuesta el amor es poco menos de tu límite y piensas que hasta podías llevarte el aparato que le acaricia los pies para que desde ahora entienda lo mucho que te preocupas por ella. Tu siguiente paso es buscar a un encargado y verificar el precio. Todo está bien. Con su cara de "¿en qué le puedo ayudar?" consigue un carro grande y te ayuda a levantar a la muchacha esta que, hasta eso, es bastante amigable y solita se sube para no incomodarlos tanto. Cuando caminas con ella empujándola sobre el armatoste de fierro, la gente te mira asombrada y seguro que piensan que eres un desgraciado hijo de perra que se atreve a ponerles precio a las mujeres. Misógino. Puerco. Traidor de la raza humana. Y en una ciudad como esta. ¿Cómo puede suceder? Sientes una letra escarlata tallada con fuego en tu pecho. Si logras salir probablemente te quemen en la hoguera y el amor de tu vida arda contigo tomándote de la mano. Pero ella calma todos los rumores con su mirada dulce. Te abraza y sientes un calor como nunca te lo habías imaginado. Es

Navidad antes de tiempo y eres el niño que mejor se ha portado en todo el año.

Llegas a la caja y además de todo el gerente te sonrío y te dirige a una que está vacía. Allí entregas la credencial donde sonrío con cara de enamorado y el chamaco que atiende te notifica que está vencida, pero que puedes renovarla gratis con la promoción del día de hoy. Sonrío. Eres un ser iluminado que además de encontrarse al amor de su vida le dan cosas gratis y esta noche, si es que te espera algún fuego, será el de una romántica fogata que te arrulle después de hacer el amor. Una nube de tormenta se asoma en el horizonte cuando el encargado hace una mueca al revisar el precio. Al parecer hay un inventario y están por etiquetar los productos con los costos de la nueva temporada. Miras a tu chica con una sonrisa que pretende parecer calmada. Ella te mira con un mar formándosele en los ojos y quizá piensa que, después de todo, esta historia no será realidad. Será un maldito sueño donde las cosas salen mal. Tú revisas la cartera y si combinas el crédito con el efectivo estás listo para largarte de allí con esa mujer perfecta en brazos. Anunciar tu compromiso en el trabajo. Llamar a tus amigos y anunciarles la boda. Vender el auto deportivo y comprar uno de esos asientos para transportar a un bebé. Claro que quieres tener hijos. Quizá dos. Quizá los mandes a escuelas privadas. Quizá a tu madre le de un infarto cuando le anuncies que va a ser abuela. Seguro los niños le dirán abuelita. A ese paso un día tendrás un negocio y esa diosa que está en oferta te engañe con el desgraciado de tu contador. Quizá si las cosas no salen tan mal te quedes con el coche después del divorcio. Tal vez los niños no te odien y por lo menos te avisen cuando se vayan a la universidad. Sueñas con llegar a ser abuelo. Un chasquido te interrumpe y el gerente te entrega una caja con las instrucciones para

mantener feliz a la mujer perfecta. Que te sonrío. Es un ángel. Parece una amazona y huele a todos los pecados que quieres cometer antes de tener cuarenta. Así que le pides al encargado que verifique el precio. Que también quieres una caja de cervezas y una caja de condones al precio de mayoreo. Le pides que te haga la cuenta mientras vas a chequear si te alcanza el dinero. Que te den un minuto por favor.

Mi mundo era

Cien ojos se forman en la superficie acuosa de la taza del baño. La orina cae como un salto de agua y del agua surgen las miradas burbujeantes de la espuma que se azota contra la nada y brilla contra un sol que nunca podrá alcanzar. De verdad parecieran mil ojillos que quieren mirarme el alma. Me reflejo en ellos. Termino y guardo todo en su lugar. Estiro la mano y alcanzo la manecilla que descargará esas miles de miradas lejos de mí para siempre. Pero el miedo me impide bajar la palanca. Ocho patas han surgido del dios de porcelana y un cuerpo ancestral y terrible comienza a emerger. Por supuesto, corro y llego a la puerta y salgo y veo delante un pasillo que se alarga como en una película de serie B que no me deja dar un paso. También he tenido sueños así. La araña rompe todo y escucho el agua vaciarse y el vidrio estallar y las maderas hincharse con la fuerza de un ser de otros tiempos y otras dimensiones que busca la salida. Busca comer. Quiere una presa. Me quiere a mí. A mí que las piernas no me responden y la corbata me atosiga el cuello y me detiene y estoy a su merced y no logro entender la importancia del momento hace unos segundos cuando mi mundo era tan sólo un chorro de agua que aliviaba mis ganas de echarlo fuera, y regresar a trabajar. Ya no.

Mi nombre es legión

El muchacho poseído balbuceaba cosas que nadie alcanzaba a comprender. Por aquellos días, en Galilea, se corría el rumor de un profeta que vendría a salvarlos a todos. Quizá él podría salvar al chico de los demonios que habitaban su cuerpo antes de que fuera demasiado tarde. ¡Morrison, Lennon, Cobain, Joplin, Scott, Vicious, Hendrix! —gritaba con diferentes y potentes voces. Mi nombre es Legión.

El ángel de la muerte

A la tercera noche me di cuenta de que todos los viejos del pueblo tenían el mismo sueño. En él, un ángel de la muerte llegaba a Gatonegro y se llevaba uno a uno a los pobladores más antiguos. Los trece fundadores sabían que formar allí las primeras casas algún día les traería mala suerte, pero en épocas de revoluciones soñadas había que conformarse con lo que fuera y eligieron la cañada del gato negro para fundar el pueblo junto con los ranchos para ellos y cada uno de los peones. El recolector de almas —como dijo llamarse— mostró todos los permisos y licencias expedidas por el gobierno federal. Con los papeles en orden y una flamante placa de ángel exterminador al servicio del pueblo, se llevó consigo a los trece, quienes, ya que no les quedaba de otra, aceptaron irse por las buenas del pueblo que tanto amaron. Adiós Gatonegro, el pueblo donde ni la muerte llega a dormir.

El fin

Hace un año ya de aquella tarde cuando cientos de ángeles guerreros cayeron del cielo. Se cubrían la cara en vergüenza mientras se desplomaban contra el asfalto de la ciudad. Algunos aún blandían las espadas doradas contra el viento, como peleando contra un enemigo invisible, que no era más que su propio dolor. Otros caían muertos, con las alas rotas, el traje de aquella tela celestial hecho trizas, el rostro consumido por un aliento innombrable. La algarabía de ver ángeles entre nosotros duró poco. Lo comprendimos demasiado tarde. El mal había vencido. Y Dios, con la cola entre las patas, se había ido en un viejo Volkswagen amarillo rumbo al sur, donde nadie lo volvería a ver.

Subdirección

Edgardo López Martínez

Coordinación editorial

Sayri Karp Mitastein

Cuidado editorial

Jorge Orendáin Caldera

Diseño de forros e interiores

Sol Ortega Ruelas

Dios en un Volkswagen amarillo

Se terminó de editar en octubre de 2012
en las oficinas de la Editorial Universitaria
Para su formación se utilizó la tipografía
Avenir diseñada por Adrian Frutiger.